AKAL

HISTORIA DEL MVNDO ANTIGVO

33

GRECIA

ASIA MENOR HELENISTICA





Esta historia, obra de un equipo de cuarenta profesores de varias universidades españolas, pretende ofrecer el último estado de las investigaciones y, a la vez, ser accesible a lectores de diversos niveles culturales. Una cuidada selección de textos de autores antiguos, mapas, ilustraciones, cuadros cronológicos y orientaciones bibliográficas hacen que cada libro se presente con un doble valor, de modo que puede funcionar como un capítulo del conjunto más amplio en el que está inserto o bien como una monografía. Cada texto ha sido redactado por el especialista del tema, lo que asegura la calidad científica del proyecto.

ORIENTE

1. **A. Caballos-J. M. Serrano,** *Sumer y Akkad.*
2. **J. Urruela,** *Egipto: Epoca Tinita e Imperio Antiguo.*
3. **C. G. Wagner,** *Babilonia.*
4. **J. Urruela,** *Egipto durante el Imperio Medio.*
5. **P. Sáez,** *Los hititas.*
6. **F. Presedo,** *Egipto durante el Imperio Nuevo.*
7. **J. Alvar,** *Los Pueblos del Mar y otros movimientos de pueblos a fines del II milenio.*
8. **C. G. Wagner,** *Asiria y su imperio.*
9. **C. G. Wagner,** *Los fenicios.*
10. **J. M. Blázquez,** *Los hebreos.*
11. **F. Presedo,** *Egipto: Tercer Período Intermedio y Epoca Saita.*
12. **F. Presedo, J. M. Serrano,** *La religión egipcia.*
13. **J. Alvar,** *Los persas.*

GRECIA

14. **J. C. Bermejo,** *El mundo del Egeo en el II milenio.*
15. **A. Lozano,** *La Edad Oscura.*
16. **J. C. Bermejo,** *El mito griego y sus interpretaciones.*
17. **A. Lozano,** *La colonización griega.*
18. **J. J. Sayas,** *Las ciudades de Jonia y el Peloponeso en el período arcaico.*
19. **R. López Melero,** *El estado espartano hasta la época clásica.*
20. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, I. El estado aristocrático.*
21. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, II. De Solón a Clístenes.*
22. **D. Plácido,** *Cultura y religión en la Grecia arcaica.*
23. **M. Picazo,** *Griegos y persas en el Egeo.*
24. **D. Plácido,** *La Pentecontecia.*
25. **J. Fernández Nieto,** *La guerra del Peloponeso.*
26. **J. Fernández Nieto,** *Grecia en la primera mitad del s. IV.*
27. **D. Plácido,** *La civilización griega en la época clásica.*
28. **J. Fernández Nieto, V. Alonso,** *Las condiciones de las polis en el s. IV y su reflejo en los pensadores griegos.*
29. **J. Fernández Nieto,** *El mundo griego y Filipo de Macedonia.*
30. **M. A. Rabanal,** *Alejandro Magno y sus sucesores.*
31. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. I: El Egipto de los Lágidas.*
32. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. II: Los Seleúcidas.*
33. **A. Lozano,** *Asia Menor helenística.*
34. **M. A. Rabanal,** *Las monarquías helenísticas. III: Grecia y Macedonia.*
35. **A. Piñero,** *La civilización helenística.*

ROMA

36. **J. Martínez-Pinna,** *El pueblo etrusco.*
37. **J. Martínez-Pinna,** *La Roma primitiva.*
38. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *El dualismo patricio-plebeyo.*
39. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *La conquista de Italia y la igualdad de los órdenes.*
40. **G. Fatás,** *El período de las primeras guerras púnicas.*
41. **F. Marco,** *La expansión de Roma por el Mediterráneo. De fines de la segunda guerra Púnica a los Gracos.*
42. **J. F. Rodríguez Neila,** *Los Gracos y el comienzo de las guerras civiles.*
43. **M.ª L. Sánchez León,** *Revueltas de esclavos en la crisis de la República.*
44. **C. González Román,** *La República Tardía: cesarianos y pompeyanos.*
45. **J. M. Roldán,** *Instituciones políticas de la República romana.*
46. **S. Montero,** *La religión romana antigua.*
47. **J. Mangas,** *Augusto.*
48. **J. Mangas, F. J. Lomas,** *Los Julio-Claudios y la crisis del 68.*
49. **F. J. Lomas,** *Los Flavios.*
50. **G. Chic,** *La dinastía de los Antoninos.*
51. **U. Espinosa,** *Los Severos.*
52. **J. Fernández Ubiña,** *El Imperio Romano bajo la anarquía militar.*
53. **J. Muñiz Coello,** *Las finanzas públicas del estado romano durante el Alto Imperio.*
54. **J. M. Blázquez,** *Agricultura y minería romanas durante el Alto Imperio.*
55. **J. M. Blázquez,** *Artesanado y comercio durante el Alto Imperio.*
56. **J. Mangas-R. Cid,** *El paganismo durante el Alto Imperio.*
57. **J. M. Santero, F. Gascó,** *El cristianismo primitivo.*
58. **G. Bravo,** *Diocleciano y las reformas administrativas del Imperio.*
59. **F. Bajo,** *Constantino y sus sucesores. La conversión del Imperio.*
60. **R. Sanz,** *El paganismo tardío y Juliano el Apóstata.*
61. **R. Teja,** *La época de los Valentinianos y de Teodosio.*
62. **D. Pérez Sánchez,** *Evolución del Imperio Romano de Oriente hasta Justiniano.*
63. **G. Bravo,** *El colonato bajoimperial.*
64. **G. Bravo,** *Revueltas internas y penetraciones bárbaras en el Imperio.*
65. **A. Giménez de Garnica,** *La desintegración del Imperio Romano de Occidente.*



GRECIA

Director de la obra:

Julio Mangas Manjarrés
(Catedrático de Historia Antigua
de la Universidad Complutense
de Madrid)

Diseño y maqueta:

Pedro Arjona

Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Tels. 656 56 11 - 656 49 11
Depósito Legal: 35.331-1989
ISBN: 84-7600-274-2 (Obra completa)
ISBN: 84-7600-435-4 (Tomo XXXIII)
Impreso en GREFOL, S.A.
Pol. II - La Fuensanta
Móstoles (Madrid)
Printed in Spain

ASIA MENOR HELENÍSTICA

A. Lozano



Indice

Págs.

I. Asia Menor hasta la muerte de Seleuco

La repentina muerte de Alejandro abre un período de cinco décadas, caracterizado por incesantes y complejísimas luchas entre sus sucesores, los Diádocos —o herederos—, llamados a repartirse el legado del rey macedonio. Se trata, en efecto, de una época sumamente convulsionada y difícil de desentrañar, pero puesto que se sale de nuestro cometido, remitiremos al lector al capítulo dedicado dentro de esta misma colección de manera monográfica a los Diádocos. Allí se encontrará el análisis pormenorizado de todos estos conflictos. Nosotros ahora sólo mencionaremos los que nos parezcan obligados para el esclarecimiento de la historia desarrollada en el marco de los territorios minorasiáticos.

1. De Alejandro a Ipsos (323-301)

El ideal unitario alejandrino quedó cuestionado a partir de la misma muerte del rey macedonio, por más que tuviera continuadores. El más significativo en este sentido fue Pérdicas. Su posición sobresaliente está expresada por el propio cargo ostentado por él ya en vida de Alejandro: la quiliarquía *(chiliarkia)* equivalente griego del Gran Visirato persa que continuó desempeñando en Asia a su muerte. Teóricamente, en virtud de éste, los sátrapas quedaban bajo su autoridad.

Parece claro que era pretensión de Pérdicas llevar a término la obra inconclusa de Alejandro y mantener bajo una monarquía unitaria universalista, los territorios sometidos. Sin embargo, la reunión entre los generales macedonios, acaecida en Babilonia tras la muerte de Alejandro, tenía como fin un reparto de las conquistas entre todos ellos. Concebido originariamente como una distribución de responsabilidades, cuyo objetivo era preservar la unidad del reino, los hechos desmintieron la filosofía que los inspiró, pues tal reparto significó la concesión de una base trerritorial que cada Diádoco tenía interés en conservar para sí de manera definitiva e, incluso, ampliar a costa de los demás, siempre que se presentara la ocasión para ello. Había comenzado, pues, el desmembramiento del imperio construido por Alejandro. La ambición, o *pleonexia* siguiendo el término griego elegido por las fuentes, fue la causa. Se originaron así inacababLes conflictos que marcaron este medio siglo de historia.



Relieve funerario de Menefila.
Hallado en Éfeso.
Museo de Louvre.

La distribución se hizo de acuerdo con las siguientes pautas. Los territorios minorasiáticos fueron atribuidos a Antígono el Tuerto (*Monophtalmos*) y a Eumenes de Cardia, recibiendo el primero las regiones occidentales de Frigia, Licia y Panfilia y el segundo Capadocia y Paflagonia, teniendo en cuenta que la satrapía de Capadocia no había sido conquistada por Alejandro y estaba gobernada por Ariates. Por su parte Ptolomeo se quedó con Egipto, y Lisímaco con Tracia. En Macedonia estaba Antípatro, en calidad de «estratego», lo cual a su vez implicaba la hegemonía sobre las regiones europeas. Cratero, por fin, fue nombrado *prostates* de los reyes, cargo que le confería además la jefatura suprema del ejército y la administración de las finanzas.

Las actuaciones de Ptolomeo en Egipto iban a desencadenar una intervención directa de Pérdicas al considerar éstas como amenaza a la unidad preconizada por él. Se dirigió, pues, a Egipto con objeto de poner freno al hijo de Lago, dejando los asuntos de Asia Menor en manos de Eumenes. Había ya penetrado en el país del Nilo cuando se formó una conjuración contra él en el seno de su propio estado mayor, a resultas de la cual murió asesinado. Casi al mismo tiempo, otro Diádoco, Cratero, perecía en una confrontación contra Eumenes. Ambos hechos tuvieron lugar en el año 321.

La desaparición de las dos personalidades macedonias hizo necesaria una nueva reunión de los demás generales, exceptuando Eumenes presunto aliado de Pérdicas. Tuvo lugar en Triparadisos, en el norte de Siria. Se acordó entonces que Antípatro detentara el cargo de *epimeletes* de los reyes además de lo ya disfrutado anteriormente; Ptolomeo fue confirmado en Egipto; Seleuco se quedó con la satrapía de Babilonia. A Antígono el Tuerto se le encomendó la dirección de la lucha contra Eumenes en calidad de estratego de las fuerzas reales, dado que éste, tras la muerte de Cratero, se había apoderado de gran parte de Asia Menor. La desmembración del Imperio alejandrino era ya un hecho. Triparadisos desde este punto de vista, representa un golpe mortal al pensamiento y obra del gran rey macedonio.

Antígono puso enseguida manos a la obra para cumplir la misión que le había sido confiada, pues deseaba además ampliar los territorios minorasiáticos que desde el principio le habían sido encomendados. A punto de culminar con éxito su campaña contra Eumenes, la muerte de Antígono —en 319— impuso un cambio en la panorámica general. Antígono pretendió, aprovechándose de la situación, imponer su hegemonía en Macedonia, para lo cual pactó con Eumenes el cual se prestó al juego



Bajorrelieve de una escena representada en el Artemision de Éfeso (Hacia el 330-320) Museo Británico.

ante lo comprometido de su situación, para, una vez pasado el peligro, olvidar las promesas de ayuda hechas al general tuerto.

Así, en efecto, Eumenes emprendió —en 318— una serie de campañas militares en Asia, a consecuencia de las cuales se apoderó de la región fenicia conquistada hacía poco tiempo por Ptolomeo, encaminándose posteriormente a Irán donde, alcanzado por Antígono, fue entregado a éste por sus propios soldados, para ser condenado a muerte acto seguido, en el año 316.

Eliminado Eumenes, Antígono tuvo en sus manos el dominio de la práctica totalidad de Asia. La enorme ampliación de sus poderes conllevó, sin embargo, las envidias y temores del resto de los generales macedonios que le plantearon una serie de exigencias a las que Antígono no cedió. Su rechazo significaba la guerra, y por ello procedió a continuación a afirmar sus territorios sin dejar resquicio en ellos a la presencia de ajenos: así ocupó Siria meridional, excepto Tiro, y las zonas minorasiáticas costeras que no estaban bajo su férula todavía. Por lo demás, a partir del 315 Antígono impulsó la constitución del *koinón* de los nesiotas o Confederación de los insulares de las Cícladas, organismo llamado a desempeñar un cierto papel en la historia posterior.

Sus planes respecto al continente griego no pudieron, sin embargo, cumplirse. La derrota de Demetrio en Gaza a manos de Ptolomeo le obligó a abandonar el frente septentrional —contra Lisímaco en Tracia y Casandro en Macedonia— para encaminarse a Egipto. Así las cosas, se concluyó la paz del 311 en la que se confirió a Antígono el poder sobre «toda Asia». Entre otras cláusulas referentes a los demás firmantes, se estipulaba la reafirmación del derecho a la autonomía de las ciudades griegas, lo cual no dejaba de ser sibilino, puesto que en todos los territorios dominados por los firmantes del tratado existían tales ciudades a las que, por otra parte, no estaban dispuestos a renunciar. Tenemos conocimiento a través de una inscripción de Scepsis, en la Tróade, (OGIS. 5 = Welles RC nº 1), de cómo Antígono anunció a las ciudades de su territorio la instauración de la paz, filosofía esgrimida como instrumento político para captarse la buena disposición de tales ciudades. De todos modos, quedaba claro para todos que Antígono albergaba esperanzas de reunir bajo su égida los cinco reinos. Es el último heredero del ideal de una monarquía unitaria, si bien sobre bases distintas a las de Alejandro. Con su muerte quedaría definitivamente enterrada.

La paz del 311 permitió a Antígono al socaire de la tranquilidad transitoria en las zonas occidentales de Asia, trasladar el escenario de sus actividades a las regiones más orientales para poner coto a Seleuco que se había movido en aquellas a placer. Pero en el enfrentamiento entre ambos, Seleuco salió victorioso, y ello dictó la firma de un tratado de paz cuyas cláusulas desconocemos, pero de cuya existencia parece no haber lugar a dudas, puesto que, a partir del 308, los dos actúan libremente y por separado: uno, Antígono, en la zona occidental de Asia; el otro, Seleuco en la oriental.

La paz del 311 permitió únicamente un respiro de escasa duración pues en el Egeo no existía tranquilidad y en el fondo de la cuestión se debatía un antagonismo entre Antígono y Ptolomeo, derivado de las pretensiones de éste de hacerse con el dominio no sólo de Celesiria sino de las islas. Para ello, frente a la hegemonía sobre la Confederación nesiota detentada por Antígono, además de su dominio sobre puertos fenicios y los de las ciudades minorasiáticas, Ptolomeo estrechó relaciones con Rodas, destinadas a tener un gran futuro. La zona litoral e insular egea era, pues, manza-

na de la discordia entre ambos estadistas. Así, a partir del 310, Ptolomeo acusó a Antígono de atentar contra la libertad de las ciudades griegas, contra lo pactado en el 311, puesto que había establecido en ellas guarniciones, apoderándose de algunas, como, por ejemplo, Cos. Ante la situación planteada por el hijo de Lago, Antígono, a la sazón en Asia oriental, decidió llegar a un entendimiento con Seleuco para poner orden en sus dominios. Pero lo confuso del panorama político en Grecia, donde los enemigos Casandro y Polipercón habían llegado a firmar un pacto, decidió a su vez un acercamiento entre Antígono y Ptolomeo, decidiéndose éste a ello indudablemente por la peligrosidad encerrada en las actuaciones de Ofelas en la Cirenaica y su ayuda a Agatocles en su intervención en Cartago. Ambos actuarían como liberadores de las ciudades de Grecia, a la par que se le reconocían al hijo de Lago la soberanía sobre las plazas minorasiáticas recientemente capturadas. Esto sería, sin embargo, tan solo una tregua.

A partir del 306 comenzaron las hostilidades con la captura de Chipre por Demetrio que inflingió a Ptolomeo una gran derrota, la cual supondría para él la pérdida de la isla durante más de 10 años. Tras esta victoria Demetrio y Antígono se dieron finalmente, los primeros tras Alejandro, el título de rey, ejemplo que de inmediato seguirían los demas. Los ulteriores intentos de Antígono, encaminados a lograr de Rodas una ruptura con el Lágida, fracasaron. A consecuencia de ello se produjo el sitio de la isla, dirigido por Demetrio que resultó vano (304/-3). Al término de un año los Antigónidas, motivados por la nueva ofensiva de Casandro en Grecia decidieron reconocer la libertad de los rodios con quienes establecieron una alianza a condición de no perjudicar con ello a Egipto. Los rodios erigieron en conmemoración y agradecimiento de la retirada del sitio el famoso Coloso en honor del dios Helios, ubicado a la entrada del puerto.

Las actividades de Antígono y Demetrio en Grecia dieron origen a la formación de la Liga de Corinto que, bajo su égida, significaba la eliminación en la región del Itsmo de toda influencia ajena a los Antigónidas. Y sería precisamente el aumento del poder de éstos lo que llevó a los demás monarcas a coaligarse contra ellos. El encuentro decisivo tuvo lugar en el 301, en Ipsos, Frigia, batalla en la que Seleuco aportando unos elefantes cedidos a él por el rey Tschandragoupta tuvo un papel protagonista. Antígono quedaría en el campo de batalla, muerto. Sus oponentes se repartirían sus dominios.

Así, tras Ipsos, Asia Menor hasta el Tauro fue a parar a manos de Lisímaco. Se exceptuaban algunos puntos de la costa, en Licia, Panfilia y Pisidia, en poder de Ptolomeo, además de Cilicia, cedida a Plistarco, hermano de Casandro. Éste, sin embargo, no reclamó cosa alguna, pero la desaparición de Antígono implicaba su libertad de acción en Grecia, por más que Demetrio conservara allí puntos importantes. Seleuco no pudo hacerse con la totalidad de Siria, pues su parte meridional había sido capturada por Ptolomeo siguiendo su política tradicional. El monarca seleúcida, reconocido por la protección antaño dispensada por el hijo de Lago, no insistió en este punto, si bien expresó claramente que su renuncia no era definitiva. En adelante, la posesión de los territorios sirios sería el punto de conflicto permanente entre las dos monarquías debatido en las Guerras Sirias.

La desaparición de Antígono tiene además desde el punto de vista histórico una enorme significación. Con él desaparecía para siempre, según hemos comentado anteriormente, todo ideal unitario, mantenido desde la



Esclavo niño con linterna.
Museo Nacional Romano.

muerte de Alejandro por Pérdicas, Eumenes, y finalmente Antípatro. Pero a la par nace entonces, aún obscuramente, la concepción moderna de Estados territoriales, en la que cada uno aspira a coexistir con los demás salvaguardando sus intereses dentro de un sistema de equilibrio inestable, con un factor común a todos: la civilización helenística.

2. La situación de Asia Menor tras Ipsos

Si bien como hemos dicho, los territorios minorasiáticos pasaron a poder de Lisímaco, Demetrio siguió conservando una posición especialmente sólida en el mar, fundamentada —además de en el mantenimiento de su flota— en su hegemonía, que aún conservaba, sobre la Confederación de los Nesiotas, Chipre, algunos núcleos costeros de Asia Menor, Tiro y Sidón en Fenicia y lo que sobrevivió de la Liga de Corinto, a saber, determinados emplazamientos costeros el más importante de los cuales era Corinto.

Así las cosas, los diferentes monarcas de acuerdo con sus intereses se procuraron tras Ipsos las alianzas más convenientes. Entre éstas pueden destacarse la muy significativa entre Ptolomeo y Lisímaco, pues queriendo aquél conservar la soberanía de la Celesiria, nadie podía prestarle ayuda, si el caso se presentaba, más que Lisímaco, dueño de Asia Menor. Para su fortalecimiento se empleó además el sistema de matrimonios dinásticos, dando el hijo de Lago a Lisímaco y su presunto heredero Agatocles sendas esposas. Arsínoe para el primero, Lisandra para el segundo. Este instrumento político fue utilizado como tal profusamente en el Helenismo y llegaría a convertirse rápidamente en un foco de conflictos, dado el talante de las princesas protagonistas descendientes de los generales macedonios. Dadas las dotes naturales con que muchas de ellas estaban adornadas, inteligencia sobresaliente, muy por encima en ocasiones de los reyes, belleza, y energía inigualable, las vemos a partir de ahora ya entre bastidores tejiendo toda clase de intrigas, casi como en un decisivo primer plano, tomando parte activa en la política de su tiempo. Su papel, tan relevante, viene a poner el contrapunto a una sociedad griega donde el elemento femenino sólo aparece en un plano muy secundario. El Helenismo representa en este sentido —como en otros muchos— un contraste claro respecto a las épocas anteriores de la civilización griega.

Este sistema se puso en juego también en el caso de otra de las alianzas anudadas en este momento: la concertada entre Seleuco y Demetrio Poliorcetes, cogido el primero entre dos fuegos —Lisímaco y Ptolomeo—. Parecía así que el único con posibilidades reales de prestarle apoyo era el



Escultura de mármol de un muchacho con túnica (Mediados del siglo III a.C.). Museo Arqueológico de Estambul.

Antigónida, a su vez contrincante del hijo de Lago, por su hegemonía sobre Chipre, y de Lisímaco al entrar en competencia con él en Asia Menor, antiguo dominio de su padre Antígono. Se estipuló, pues, el matrimonio de Seleuco con Estratónice, hija de Demetrio y Fila (hija de Antípatro, que había estado casada anteriormente con Casandro). No obstante, tal alianza no condujo a ningún resultado concreto pues, acto seguido, Seleuco le reclamó Cilicia, Tiro y Sidón, dada la situación geográfica de éstas en el límite de los estados seleúcidas, a lo cual, sin embargo, Demetrio no podía acceder.

Pero muy pronto otro nuevo acontecimiento impuso un giro a la situación: la muerte de Casandro en 298/7. El Antigónida, percatándose de las posibilidades que ello le ofrecía, se encaminó hacia Grecia, abandonando Asia. Ambos hechos, a su vez, fueron aprovechados por los demás: Ptolomeo se apoderó de Chipre, Seleuco de Cilicia y Lisímaco de los enclaves jonios aún en poder de Demetrio. Éste por su parte y no sin dificultades logró finalmente erigirse en rey de Macedonia, legitimando su situación mediante su matrimonio con Fila, hermana de Casandro.

Sin embargo, sus intereses en el Egeo por ser coincidentes con los habidos por Ptolomeo iban a desencadenar la oposición de éste, ejercida mediante diferentes vías, encaminadas todas ellas a «contener» a Macedonia (así lo define E. Will, *Histoire politique du Monde hellenistique* I, p. 76). Una de ellas fue, por ejemplo, el restablecimiento de Pirro en el trono del Epiro de donde anteriormente había debido exiliarse. Así, mientras Demetrio estaba empeñado en la solución de conflictos surgidos en suelo griego que le arrebataron, además, la popularidad que había tenido otrora. Ante el desgaste sufrido por el Antigónida, Ptolomeo, entre 291-287, logró hacerse con la hegemonía de la Confederación nesiota, acogida favorablemente por los isleños descontentos con la política fiscal de Demetrio hacia ellos.

Posteriormente y ante el cariz negativo adquirido por sus asuntos en Grecia, Demetrio fue a Asia, dejando aquéllos al cuidado de su hijo Antígono Gónatas. Capturado en 286 en las montañas del Tauro, moría en 283.

Pero el equilibrio de fuerzas entonces pareció inclinarse a favor de Lisímaco, cuyo poderío se había ampliado enormemente a costa de los Antigónidas —Asia Menor tras Ipsos (301) y la mitad septentrional de Macedonia en 288/-7 arrebatada a Demetrio—. La inquietud, por tanto, se apoderó de los demás monarcas, sobre todo Seleuco y Ptolomeo, habida cuenta de que Lisímaco no parecía darse por satisfecho. Todo esto, unido a conjuras dinásticas como la tramada por su mujer Arsínoe que acabó con la vida del heredero Agatocles, provocó finalmente la formación de una coalición contra Lisímaco. El enfrentamiento tuvo lugar en Corupedión cerca de Sardes, teniendo como *casus belli* la invasión de Asia Menor por Seleuco a instancias de Ptolomeo Keraunós. Allí, a comienzos del 281, Lisímaco fue derrotado y muerto. Sus posesiones en Asia fueron capturadas inmediatamente por Seleuco, autor de la victoria.

Deseoso de sacar partido a las nuevas perspectivas sobre Macedonia, propiciadas por la muerte de Lisímaco, el Seleúcida llamó a su hijo Antíoco, ocupado entonces en los asuntos de las satrapías orientales, para encomendarle la totalidad de sus dominios asiáticos y tener él las manos libres para actuar en Grecia. Sus deseos, sin embargo, no pudieron cumplirse. Lo impidió su propio protegido Ptolomeo Keraunós, a quien los planes de Seleuco perjudicaban de forma directa sus ambiciones sobre Grecia. Para llevar a cabo sus propósitos recurrió al asesinato de su protector. Sucedió el mismo año 281.

II. Antíoco I y sus sucesores. El nacimiento de las monarquías menores

El sucesor de Seleuco debió enfrentarse tras la muerte de su padre a una situación muy compleja.

En primer lugar, la necesidad de abandonar las satrapías orientales fue a la larga perniciosa para la unidad del imperio Seleúcida, dada la problemática específica de aquellas zonas. Aunque Antíoco I desarrolló allí durante los años de la corregencia una labor de fundamentación de la autoridad real, su ausencia, motivada por la llamada paterna, abrió un período de abandono *de facto* de los territorios orientales por parte de los monarcas, que, aun a pesar suyo, estaban retenidos en la zona occidental del Imperio por los conflictos derivados de las rivalidades entre las tres monarquías helenísticas. Ello abocaría a un debilitamiento de la autoridad real en las regiones orientales donde ésta pronto encontró contestación.

En cuanto a Asia Menor también aquí se requería un tratamiento diferenciado de las distintas zonas.

Seleuco puso buen cuidado en tratar favorablemente a las ciudades griegas del litoral, cuyo dominio era necesario para controlar el occidente minorasiático. Se mostró, así, liberal hacia ellas en lo relativo a un punto tan sensible como el mantenimiento de su autonomía y la política fiscal. La documentación epigráfica es básica para poder evaluar esta faceta de la política seleúcida: sin ella apenas hubiéramos podido tener noticias sobre esto. Los frutos de esta actitud positiva de Seleuco hacia las ciudades griegas —zona cuya influencia era objeto de disputa con los Lágidas, interesados desde antiguyo en la política egea— pudo recogerlos su hijo Antíoco, apoyado, como lo había estado también su padre, por Filetero, gobernador de Pérgamo.

Mayores problemas representaban para Antíoco I las zonas septentrionales de Anatolia. Allí, Bitinia se había erigido en monarquía independiente, años antes de la muerte de Seleuco, con Zipoites, en el 298-7. Lo mismo sucedió con la Capadocia póntica o reino del Ponto, convertido en reino autónomo por obra de Mitrídates en una fecha incierta, que probablemente sea la del 281. Otras zonas, si bien estaban sujetas y unidas formalmente al Imperio Seleúcida, disfrutaban de hecho de cierta autonomía, dirigida por gobernadores más o menos independientes. Tal situación estaba propiciada por las mismas condiciones geográficas de Anatolia. Así, las ciudades griegas minorasiáticas de la costa póntica, entre ellas Bizancio, Calcedonia, Heraclea Póntica, etc., formaron la llamada Liga del Norte cuyas pretensiones inde-

pendentistas se evidenciaron en la negativa de Heraclea a someterse a Seleuco, derrotando, incluso, con ayuda de Mitrídates, a tropas seleúcidas. La muerte del monarca impidió que pudiera encargarse personalmente de las operaciones, dirigidas a poner orden en aquellos territorios.

Tampoco Antíoco I pudo resolver la cuestión personalmente pues los conflictos internos —una revuelta en Siria— y externos —la ofensiva egipcia—, requerían su presencia en aquellas zonas, escenario de la rivalidad con los Lágidas. Debió, por tanto, enviar como delegado suyo a su estratega Patrocles con el objetivo prioritario de someter al bitinio Zipoites, pero una primera intentona fracasó. Por lo demás, la situación en Bitinia se había formado repentinamente complicada por la muerte de su rey Zipoites. Su hijo y sucesor, Nicomedes I, no encontró un reconocimiento indiscutido de su autoridad, chocando con las pretensiones de su hermano menor Zipoites. Aquél atenazado por la amenaza de Antíoco y el conflicto doméstico, requirió el apoyo de su aliada la Liga del Norte, la cual a su vez se había aproximado a Antígono Gónatas. Se configuraba, así, una gran coalición contra el monarca seleúcida que hubiera, en efecto, actuado como tal a no ser por la reconciliación, acontecida en el 278, entre Antígono y Antíoco. Frustado Nicomedes y temeroso del potencial del rey seleúcida, liberado ya de los problemas internos y de los que lo habían enfrentado a Ptolomeo II, recurrió a los celtas que por entonces sembraban el terror en Grecia y la zona de los Estrechos. Sus circunstanciales aliados acabaron con Zipoites, pero, queriendo Nicomedes verse libre de ellos, los empujó hacia el Sur con objeto de que formaran una especie de barrera contra Antíoco. Esta meta egoísta tuvo pésimas consecuencias para Anatolia, incluidas las ciudades costeras, que sufrió un memorable período de barbarie, ocasionado por las correrías de los Gálatas. Antíoco I logró contenerlos durante algún tiempo concediéndoles asentarse en la Frigia septentrional, llamada así Galacia.

La confusión creada como consecuencia de la crisis sucesoria en el seno del Imperio Seleúcida pretendió ser aprovechada por sus vecinos, sobre todo los Lágidas. La revuelta que estalló en Siria, centrada en la gran base militar de Apamea, parece que estuvo combinada con una ofensiva exterior, dirigida por Ptolomeo Filadelfo, cuyo objetivo no era otro que ampliar su área de influencia entre las ciudades griegas del litoral minorasiático. Así, concertó una alianza con Mileto en torno al año 279-8 a la par que guarniciones egipcias se instalaban en lugares como Samos o los carios de Halicarnaso, Mindos, Cauno y quizá lo hicieran también entonces en Licia, Panfilia y Cilicia occidental. Tales perspectivas obligaron a Antíoco a intervenir rápidamente una vez sofocada la revuelta de Siria, sin que por lo demás sepamos en qué condiciones logró hacerlo. De todas formas, lo cierto es que se concertó la paz entre ambos reinos, probablemente en el mismo año 279. La fecha, en cualquier caso, no es del todo segura. Este conflicto es el primero de larga serie que enfrentó a ambos reinos y que constituiría por ello, la primera guerra siria, título que, sin embargo, se aplica al enfrentamiento inmediatamente posterior.

Desarrollado éste entre 274-271, nuestra información sobre él es escasa. Ptolomeo, aprovechando la ausencia de Antíoco I en Sardes e intentando proteger la Celesiria contra cualquier aspiración seleúcida, envió una expedición preventiva para luchar en Babilonia. Pero, al ser derrotada por las tropas selúcidas, Antíoco I a su vez atacó Damasco. Del resto, nada sabemos. En todo caso no se sucedieron cambios territoriales.

Los últimos años de gobierno de Antíoco I contemplaron, asimismo, la segregación definitiva del reino de Pérgamo. Filetero, gobernador con los primeros selúcidas, había actuado con una independencia absoluta, tolerada por mantenerse teóricamente bajo dominio seleúcida y por la valiosa ayuda que había dispensado a Seleuco y Antíoco. Los recursos de Pérgamo hicieron posible, por lo demás, una labor de propaganda política en el exterior que cimentaron en el mundo griego el prestigio de la ciudad. Esta independencia, tácitamente permitida, basada en las condiciones mencionadas, cambió al producirse la muerte de Filetero en 263. Sucedido por su sobrino Eumenes, pretendió éste una ruptura abierta de las relaciones con Antíoco I, cuyas motivaciones son, en el mejor de los casos, oscuras, (algunos han pretendido ver en aquélla la mano de Ptolomeo III, pero no hay ninguna prueba de ello), y que acabó con la derrota de tropas seleúcidas cerca de Sardes. Se erigió así Eumenes en el primer monarca de Pérgamo, reino a la sazón todavía reducido, centrado en torno al valle del Caico, pero dotado de recursos importantes.

1. La 2.ª guerra siria y sus repercusiones en Asia Menor

La correlación de fuerzas existentes en el Mediterráneo oriental convertía el litoral anatolio en zona de conflic-



Representación de Helios/Sol sobre una metopa, hallada en Troya.
Berlín, Museum F. Völkerkunde.

tividad permanente por las aspiraciones de Lágidas y Seleúcidas para alzarse con su hegemonía.

Es así como tras la muerte de Antíoco I el cambio dinástico fue aprovechado por Egipto para aumentar nuevamente su área de influencia en Asia Menor, llegando, incluso, a situar a un Ptolomeo, el presunto heredero, al frente del gobierno de Éfeso, teniendo en cuenta que bajo tal jurisdicción entraba la costa jonia y caria desde aquella ciudad hasta Halicarnaso. Ésta fue una de las causas, entre otras más oscuras, de la segunda guera siria. El episodio más sobresaliente por lo que respecta a los territorios que estamos considerando, fue la rebelión de Ptolomeo de Éfeso contra su padre, resuelta con el asesinato de aquél en torno al 259, fecha a partir de la cual no se encuentra ninguna noticia sobre él. A consecuencia de ello, no obstante, Timarco, uno de los que habían apoyado al Ptolomeo rebelde, se erigió en tirano de Mileto, apoderándose quizá también de Samos.

De todos modos, el nuevo rey seleúcida había ya reaccionado prontamente a la actitud de Egipto. Se produjo entonces la captura de Éfeso por Antíoco ayudado por los rodios, cuya presencia frente a su tradicional aliado se debió a una interrupción pasajera en sus tradicionalmente cordiales relaciones. En todo caso, llegó incluso a librarse una batalla naval frente a Éfeso entre la flota egipcia, dirigida por Cremónides el ateniense, y la rodia, en la cual ésta batió a la egipcia. Cuestión fundamental a dilucidar sería la participación en esta guerra de Antígono Gónatas, favorable, de haberse producido, a Antíoco II. En este marco se celebraría la misteriosa batalla del Andros, que, según Momigliano (*CIQ* XLIV, 1950, p. 113) tuvo lugar en 258, con un resultado adverso a Egipto. Sin embargo, y dado que realmente faltan pruebas documentales para probar que Macedonia estuvo involucrada en esta guerra, es más razonable dejar la cuestión en suspenso por el momento.

El balance del conflicto, tanto en el frente minorasiático como en el sirio, fue negativo para los intereses egipcios, pues en ambos lugares debieron retroceder. En el primero, la costa jonia había vuelto a la autoridad seleúcida al concluirse el episodio de Ptolomeo de Éfeso como también lo hicieron los enclaves costeros de Cilicia y Panfilia; en el segundo la línea egipcia quedó nuevamente al Sur del Eleutheros. No obstante, el restablecimiento en el litoral de Asia Menor de la hegemonía seleúcida fue de duración efímera. En la paz, firmada en 253 probablemente entre ambos monarcas, se estipulaba, entre otras disposiciones, el matrimonio de Antíoco II con Berenice, hija de Ptolomeo II Filadelfo para lo cual repudió a su primera mujer Laódice con quien tenía dos hijos, Seleuco y Antíoco. Tal medida política y diplomática estaba llamada a tener grandes repercusiones, como la ulterior sucesión de acontecimientos se encargó de demostrar. Laódice elegiría como lugar de residencia Éfeso, en vez de Babilonia como en principio pensó su exmarido. En la Tróade dispondría tras comprarla de una extensa propiedad territorial como sabemos por un documento epigráfico hallado en el templo de Apolo en Dídima (Mileto), inscripción que es de enorme importancia para el estudio de los dominios reales en el Imperio Seleúcida o la situación de las poblaciones rurales en el agro minorasiático (*OGIS* 225 = Welles RC 18-20).

La guerra afectó también secundariamente a las llamadas monarquías menores, insertas en el marco geográfico minorasiático donde se desarrolló. No tenemos noticias de su participación efectiva pero sí corroboración indirecta de que supieron sacar partido de las circunstancias. Nos referimos, sobre todo a Pérgamo y al testi-

monio aportado por las acuñaciones. En efecto, sabemos por ellas que un cierto número de enclaves situados en la Eólide (Mirina, Cime, etc.) pasaron a estar bajo soberanía pergamena, alejándose de la obediencia de los Seleúcidas a la que estaban sometidas a comienzos del reinado de Antíoco II. Ello ni significa sino que Eumenes I logró con éxito ampliar su esfera de influencia por la zona costera próxima a su reino. De todos modos, no nos es posible fijar cronológicamente el momento en que tal empresa se llevó a cabo.

No obstante, la autoridad de Antíoco II se mantuvo en las regiones septentrionales del reino de Pérgamo y en la importante zona de los Estrechos y Tracia, ampliándose incluso respecto a la etapa anterior. La extensión de la hegemonía seleúcida se atestigua una vez más a través de las acuñaciones, pues monedas de Antíoco II se emitieron en ciudades como Ilion, Alejandría de Tróade, Lámpsaco, Abidos, etc. donde no las hubo durante el reinado de Antíoco I. Esta ampliación de la soberanía seleúcida sería la resultante de una intervención directa de Antíoco II de la que desgraciadamente desconocemos su cronología. Parece ser que en su transcurso llegó a producirse también una confrontación directa con Bizanció, apoyada a su vez por Hereclea. Aunque las motivaciones del monarca seleúcida se nos ocultan, lo cierto es que Antíoco pasó incluso a Tracia.

Pero la presencia seleúcida en tales regiones era mal vista por Bitinia que había establecido su capital junto al mar, en Nicomedia, al comienzo probablemente de la 2.ª guerra siria, pues la fundación de esta ciudad, se estima, acaeció en torno al 260. No existe, sin embargo, la más mínima huella de que se produjeran incidentes directos entre ambos reinos. Por lo demás, tampoco la situación interna de Bitinia estaba exenta de conflictos. El hijo mayor de Nicomedes, Zielas, fue desposeído de sus derechos al trono por su padre, que eligió como sucesor al habido de su segundo matrimonio, hecho que no llegaría a materializarse al lograr Zielas apoderarse del trono paterno hacia el 250. Pero lo que importa señalar aquí es el gesto adoptado por Nicomedes en conexión con su decisión dinástica: confiar la tutela de sus hijos a Ptolomeo, Antígono Gónatas, Bizancio, Heracalea Póntica y Cíos. Se trataban así de buscar potenciales aliados entre todos aquellos que pudieran oponerse al monarca seleúcida. La fecha en que todo esto se produjo es incierta, de suerte que no nos es posible decidir si todos estos sucesos estaban conectados o se produjeron por el contrario por separado.

2. Muerte de Antíoco II: la 3.ª guerra siria (246-241)

La desaparición de Antíoco II se produjo en Éfeso en circunstancias oscuras, pues era todavía joven. Tenía cuarenta años cuando murió y ello desencadenó otra vez una larga serie de conflictos.

Los orígenes radican en los problemas dinásticos ocasionados por el matrimonio de Antíoco II con Berenice, hija de Ptolomeo Filadelfo, dado que de su matrimonio con Laódice tenía dos hijos, Seleuco y Antíoco, exiliados en Asia Menor con su madre. Con Berenice tuvo otro hijo cuyo nombre nos es desconocido. Pese a ello, Seleuco fue designado por su padre como sucesor, hecho bastante extraño, que ha dado pábulo a todo tipo de suposiciones.

En todo caso, a la muerte de Antíoco II, Seleuco no logró hacerse reconocer como rey por todo el Imperio. Le fueron fieles Asia Menor —no en su totalidad— y el interior donde actuaban como gobernador con residencia en Sardes, su tío materno Alejandro. Sin embargo, Éfeso se decantó

por el hijo de Berenice como lo hicieran también otras ciudades. La reina egipcia intentado inclinar la balanza hacia su hijo, se decidió finalmente por pedir ayuda a su hermano Ptolomeo III.

Éste, en una pronta respuesta, se presentó con toda rapidez en Antioquía al frente de una expedición militar. De allí se dirigió a Cilicia primero, avanzando después hacia la desembocadura del Orontes. Por un documento originado en la propia cancillería ptolemaica (Jacoby, *FGH* 160) sabemos que el rey egipcio recibió una acogida favorable por parte de la población, pero lo más extraño del caso es la ausencia de cualquier mención de Berenice y su hijo en cuyo interés estaba actuando supuestamente. Si hacemos caso a la tradición, tardía, ambos habrían sido asesinados ya, pero para mantener la legalidad de la expedición, tal hecho se habría guardado en secreto.

Y, en efecto, Ptolomeo continuó su avance por el Imperio Seleúcida llegando hasta Mesopotamia. La conocida inscripción de Adoulis (*OGIS* 54) parece apuntar a que se apoderó de los territorios hasta Bactriana exceptuando, por supuesto, Asia Menor, a juzgar por el reconocimiento obtenido de los distintos gobernadores. Sin embargo, de este acto, por lo demás con una larga tradición en las antiguas monarquías orientales, no es lícito deducir el establecimiento de una autoridad egipcia real y operativa sobre tales territorios. Tal reconocimiento, no pasaría, por tanto, de ser algo meramente teórico. Tras este paseo triunfal y llevándose un riquísimo botín, Ptolomeo regreso a Egipto donde una revuelta interna (*seditio domestica* según Justino XXVII, 1) de índole probablemente palaciega, requería su presencia. Los intereses egipcios en Asia los dejó en manos de administradores.

La vuelta del rey egipcio a su patria es interpretada por algunos como una manera de obviar el enfrentamiento directa con Seleuco II que se aprestaba a responder adecuadamente a la intromisión de Ptolomeo III en los asuntos seleúcidas. En todo caso, Seleuco logró con facilidad un cambio en la situación, tornándola favorable, a lo que contribuiría la publicación de la muerte de Berenice y su hijo, pues quedaba así Seleuco como único representante de la legitimidad dinástica.

Tales éxitos animaron al rey seleúcida a actuar en la zona sometida a Egipto desde los tiempos del fundador de la realeza seleúcida, la Celesiria. La fortuna no parece, sin embargo, haberle sonreído, pues debió pedir ayuda a la única persona capaz de proporcionarla con rapidez: su madre Laódice. Los socorros necesarios, empero, no le fueron prestados sin contrapartidas, pues su hermano Antíoco le exigió la corregencia y el gobierno de Asia Menor, a lo que Seleuco debió acceder. Las consecuencias negativas de este acto no tardarían en evidenciarse, pero, de momento, indujeron a Ptolomeo III a pedir la paz que se firmó en 241. Sus cláusulas nos son muy deficientemente conocidas, pero no resultaron en definitiva adversas a los Lágidas pues retuvieron en su poder, sorprendentemente, Seleucia de Pieria, salida al mar de Antioquía, así como otras posesiones en el litoral anatólico de Cilicia, Panfilia y Jonia. A cambio, cedían cualquier pretensión territorial en el Imperio seleúcida.

Interesantes son asimismo otras actuaciones reales desplegadas en el terreno diplomático. Seleuco II, en efecto, se preocupó de ganarse adeptos que consolidaran su posición en el conflicto con Egipto, recurriendo para ello a la formalización de matrimonios dinásticos con miembros de las distintas monarquías del ámbito anatólico. Hay que tener encuenta, además, que alguna, como Bitinia, miraban con hostilidad al coloso se-

leúcida, mientras mantenían buenas relaciones con Egipto, intentando así neutralizar el poder de aquél. Una actuación similar, según hemos visto, sostenían algunas de las ciudades más importantes de Anatolia septentrional. Así, y dentro del marco de la guerra laodicea, una hermana del monarca seleúcida casó con Ariarates III de Capadocia y otra con Mitrídates II del Ponto. Pretendía con ello Seleuco tener guardadas sus espaldas ante cualquier amenaza que pudiera sorprenderle mientras se hallaba ocupado en su pretensión de eliminar la presencia egipcia de los territorios seleúcidas. Por lo demás, la alianza con ambos reinos continuaría, consolidada y fortalecida, en los tiempos subsiguientes. Desconocemos, sin embargo, la actitud adoptada por otras potencias helenésticas. Así Antígono Gónatas se inhibió, aunque no falte quien haya afirmado su intervención, en base a una documentación más que dudosa (*Cf.:* E. Bickerman. *REA* XL, 1938 pp. 376 ss.). Tampoco Eumenes de Pérgamo se inmiscuyó en esta guerra, ocupado en la resolución de sus propios problemas, pero, indudablemente, sus simpatías recaían en los Lágidas.

Vemos, pues, cómo la potencia seleúcida debía considerar cada vez más otras fuerzas políticas surgidas en diferentes regiones de Anatolia. En efecto, además de Pérgamo, Bitinia y el Ponto cuyo nacimiento como monarquías independientes hemos comentado ya, también Capadocia pos-



Estatua de bronce de un guerrero.
París, Biblioteca Nacional.

teriormente se configuró como reino aparte. Esta región montañosa había vivido ya con los Aqueménidas con una autonomía casi absoluta. Gobernada desde entonces por una dinastía irania, uno de sus representantes, Ariarates III se proclamó rey en 255. Hemos visto cómo el propio Seleuco II, años después, pretendió captarlo para su causa, fortaleciendo lazos mediante la entrega en matrimonio de su hermana Estratónice, cuya dote agrandó probablemente los límites del reino capadocio, al aportar, en efecto, la Cataonia seleúcida. Ciertamente Seleuco actuaba con miras de largo alcance, pues la amistad de Capadocia era clave para mantener las comunicaciones entre distintas partes del Imperio seleúcida.

Así pues, hacia el 240, una vez finalizada la 3.ª guerra siria, el panorama político de Asia Menor era el siguiente. Junto a la preponderante presencia seleúcida se estaban consolidando una serie de pequeños Estados, situados en la periferia del área minorasiática y cuya amistad se disputaban las principales potencias helenísticas: Bitinia y Pérgamo propendían hacia Egipto con el fin de que pudiera servirles de valedor ante un conflicto con los Seleúcidas, mientras el Ponto y Capadocia estrechaban sus relaciones con el Imperio Seleúcida. Por su parte, los Lágidas conservaban todavía bajo su esfera de influencia parte de la franja costera minorasiática de Cilicia, Panfilia y Jonia.

3. La guerra entre Antíoco Hierax y Seleuco II (241-239?). Sus consecuencias

Las concesiones del monarca seleúcida a su hermano Antíoco durante el conflicto con Ptolomeo III fueron hechas en momentos de apuro para el primero. Una vez pasados, Seleuco pretendió volver a la situación anterior y arrebatarle así a Antíoco la posición que había alcanzado en Asia Menor. Para ello, debía acudir al recurso de la fuerza, pues su hermano no estaba dispuesto a cederla graciosamente. Y, en efecto, Seleuco II se presentó en los territorios cuyo gobierno había sido cedido a Antíoco. Los detalles de las operaciones nos son deficientemente conocidos pero parece que, en principio, el rey tuvo éxito en sus primeras acciones bélicas, desarrolladas en Lidia, por más que no le fuera posible apoderarse de su capital, Sardes.

Por otro lado, Antíoco tenía también sus aliados. Entre ellos, es necesario mencionar, en primer lugar, a los celtas —llamados ya Gálatas— por cuya ayuda debería pagar un alto precio. Otros amigos eran precisamente los pequeños estados anatolios, pues les interesaba más un Imperio Seleúcida dividido —lo que se hubiera producido de haber triunfado las reivindicaciones del menor de los Seleúcidas— que la unidad simbolizada por Seleuco II. Esta política fue puesta en práctica no sólo por los reinos póntico y capadocio sino también por Bitinia. La ayuda de éstos, pues, recaía en Antíoco. Seleuco II, sin embargo, pretendiendo impedir la conjunción de las fuerzas de su hermano con la enviada por aquellos, lanzó una ofensiva que no obtuvo los resultados apetecidos. En su transcurso, en efecto, sufrió una tremenda derrota en Ancira, donde la participación de los Gálatas fue decisiva, acaecida en torno al 240 ó 239. Ello le impelió a retirarse a Cilicia abandonando, así, Asia Menor a Antíoco.

Pero no eran éstas las únicas dificultades con las que repentinamente debió enfrentarse Seleuco II. Casi coincidiendo cronológicamente con el desastre sufrido en Ancira, se produjeron, al otro lado del Imperio Seleúcida, dos hechos de gran trascendencia: el desgajamiento de Bac-

triana, donde hacia el 239 Diódoto se proclamó rey, y la conquista de Partia por el escita Arsaces al frente de los nómadas Parnos. Esta coincidencia tal vez no sea casual y haya que dar la razón a la tradición historiográfica que relaciona los sucesos adversos a Seleuco en Anatolia con los acaecidos en las satrapías orientales. (Just. XXVII 2,6-11; Eus. I pp. 251 ss.). Pero también a la inversa se dará una influencia negativa, pues éstos impedirán a Seleuco aprovecharse de la apurada situación a que se verá abocado su hermano Antíoco en Asia Menor.

Esta resultará del cambio de actitud de sus aliados Gálatas. En efecto, tras el episodio de Ancira, éstos se volvieron contra Antíoco, el cual tuvo que recurrir a comprar su alianza, lanzándolos a la vez contra Pérgamo, cuya independencia obstaculizaba los planes de Antíoco Hierax. Sin embargo, Átalo I, sobrino de Eumenes a quien había sucedido en 241, obtuvo en 238 ó 237 una enorme victoria sobre ellos (*OGIS* 275, 280) a consecuencia de la cual, probablemente, se adjudicó por vez primera en la dinastía pergamena el título de *basileus*.

En los años ulteriores, Átalo se vio empeñado en la continuidad de la lucha contra las bandas celtas. Y fue precisamente la neutralización de este peligro uno de los éxitos de que se vanaglorió ante los griegos, como las inscripciones nos permiten recordar (*OGIS* 269 y 276). De todos modos, esto no fue sino un paréntesis en el conflicto entre Hierax y Átalo. El afianzamiento de su posición le llevó finalmente a querer desembarazarse de Antíoco Hierax quien, de hecho, constituía un impedimento para toda posible ampliación del poder pergameno. Las hostilidades fueron rotas, por fin, hacia el 229. Hierax, sin ayuda de los gálatas, debió hacer frente a Átalo I únicamente con sus propios recursos. Tras una serie de enfrentamientos adversos para Antíoco en la Frigia helespóntica, Lidia y Caria, sólo le quedaba la huida. Aunque conocemos mal sus pasos ulteriores, parece haber intentado atacar todavía algunas zonas bajo autoridad de Seleuco, así Cilicia y Mesopotamia donde fue vencido por los generales de su hermano. Posteriormente estuvo en la corte de Ptolomeo III y de Ariarates de Capadocia hasta que murió asesinado en Tracia en 226.

La desaparición de Hierax no benefició a Seleuco II, cuya muerte es prácticamente coetánea con la de aquél, pues, ya antes de producirse, Átalo I había aprovechado el abandono del Asia Menor seleúcida por Antíoco para anexionársela. El intento de recuperar los antiguos territorios seleúcidas realizado por Seleuco III falló apenas esbozado, al sorprenderle la muerte nada más franqueado el Tauro en el 223. Por tanto, la ampliación del reino de Pérgamo se hizo en zonas caracterizadas por la presencia de ciudades griegas, muchas de ellas con raigrambre muy antigua, en posesión de estatutos jurídicos variados y diferenciados. La relación de las distintas potencias políticas actuantes en la zona con estas ciudades no siempre había sido fácil y, en todo caso, los diferentes monarcas pusieron interés en respetarles su tan querida autonomía que constituía a la postre un arma política, susceptible de utilizarse de acuerdo con las circunstancias. En este sentido, Átalo I actuaría de manera similar, si bien nos faltan datos para comprobarlo. De todos modos, las ciudades griegas minorasiáticas estaban acostumbradas desde antiguo a estar bajo la hegemonía de unos u otros, y, en el momento de pasar a la esfera de influencia de Pérgamo, estaban más necesitadas que nunca de un poder fuerte, centralizador, que, respetando sus características propias, fuera capaz de hacer frente a potenciales amenazas de distinto signo, tales como los tan belicosos e inquietos Gálatas, las poblaciones indígenas sometidas, etc.

III. El advenimiento de Antíoco III y Asia Menor

El acceso al trono del hermano de Seleuco III, muerto en circunstancias extrañas, pudo tener lugar por la fidelidad que le guardó Aqueo a quien le fue ofrecida la corona por su ejército. Durante esta especie de interregno Aqueo había procedido a efectuar cierta remodelación en la Administración, nombrando a Molón para el gobierno de las satrapías superiores y a sí mismo para el de Asia Menor, cuya reconquista estaba en trance de efectuar. En efecto, ya a fines del 223 dirigió una campaña fulminante contra Átalo de Pérgamo a consecuencia de la cual volvieron a pasar al Imperio Seleúcida sus anteriores dominios.

1. Usurpación de Aqueo

Tras estas acciones protagonizadas por Aqueo, no hay prácticamente ninguna noticia sobre él hasta el 220, tiempo que emplearía en la ejecución de esas tareas cuya mención no suele encontrar eco en las fuentes: administración, consolidación de medidas anteriores, preparativos, etc. Su reaparición se produce una vez liquidado por Antíoco III el episodio de Molón el cual, aglutinando en torno a su persona una serie de satrapías en la parte oriental del Imperio, se había sublevado, haciéndose independiente del poder central e incluso usurpando, según parece por testimonios numismáticos, el título real.

Aprovechando la presencia real en aquellas lejanas regiones Aqueo se encaminó hacia Siria, siendo proclamado rey por su ejército en Laodicea de Frigia. Este episodio se debió quizá a una noticia, falsa, de la muerte del rey o a la intervención de otros factores desconocidos. En todo caso, Antíoco III no hizo nada de momento para forzar un cambio de actitud en su pariente, dedicando sus esfuerzos a la preparación de la expedición para apoderarse de la Celesiria.

Los años siguientes están, en efecto, marcados por la ejecución de estos planes, cuya primera fase tuvo un desenlace fatal para Antíoco III al ser vencido por las tropas egipcias en Rafia el año 217. Conviene señalar aquí que la retirada inmediata del rey seleúcida a Antioquía está justificada por Polibio (V 68-71) por el temor de aquél a un intervención de Aqueo, que, sin embargo, no parece ajustarse a la realidad sino que se trataría de un pretexto. No hay testimonios, al menos, ni siquiera indicios de una actuación de Aqueo en ese sentido. Por el contrario, para éste la ausencia del rey en aquellos territorios le daba la posibilidad de atender, libre de impedimentos, sus propios intereses en



Jefe galo matando a su mujer y suicidándose.
Copia de un original (Hacia el 220 a.C.)
Museo de las Termas, Roma.

Anatolia. Le vemos así intentando consolidar y agrandar sus dominios, especialmente por el sur, en zona bajo influencia ptolomaica. Tales campañas, sin embargo, debieron ser abandonadas pronto al renovarse los ataques de Pérgamo sobre ciudades y territorios que le habían sido arrebatados por Aqueo en el 223 y que habían sido conquistados por Átalo I a Antíoco Hierax.

La acción del rey pergameno se realizó con tropas galas reclutadas en Tracia y se centró en el ámbito septentrional de la propia Pérgamo así como en ciudades griegas de la Eólide (Cime, Mirina, Fócea, Temnos, etc.) y de la región de los Estrechos (Lámpsaco, Ilión, Alejandría Tróade, etc.).

2. Antíoco III contra Aqueo (216-213)

De esta situación y del poderío de Átalo se valió Antíoco III para poner fin a la aventura de su primo Aqueo. Ciertamente, el papel del monarca tras Rafia no era en absoluto airoso, ni estaba en condiciones óptimas para neutralizarlo. Pero sus proyectos inmediatos —la gran expedición irania— impedían dejar a sus espaldas tal enemigo y él mismo tampoco podía consentir que la posición de Aqueo se consolidara. Así, decidió pactar con Átalo, tras lo cual marchó contra aquél.

La liquidación de este episodio conllevó cuatro años de luchas, sobre las cuales tenemos noticias deficientes y oscuras (Pol. V 107.4; VII, 15-18; VIII 15-21). Parece, en todo caso, que la clave estuvo en la captura de Sardes, capital de Aqueo, en cuya acrópolis se encerró y que sólo por traición pudo ser capturada.

Tras ello se procedió a la reorganización del Asia Menor seleúcida, a cuyo frente se puso a Zeuxis, el vencedor de Molón. Se trataba, no obstante, de un territorio mucho más reducido que el de otrora sin que sepamos de todas formas los límites exactos: su falta de salidas al mar estaba determinada por la existencia de enclaves ptolemaicos en Jonia —Efesó—, Caria y costa meridional, y las posesiones rodias en el continente. Además, la colaboración de Átalo debió ser compensada de alguna manera, resultando de ello un reino pergameno considerablemente agrandado: se le confirmarían, al parecer, las conquistas efectuadas a Aqueo en las regiones dichas, más otras ciudades jonias, Lébedos, Colofón, Noción; también hacia el interior se restablecería la autoridad pergamena desde la región de Tiatira —entre el valle del Caico y el Hermos— hacia el Este —la Frigia Epictetes—.

3. La guerra del Bósforo (220)

El problema centrado en torno a Aqueo, aunque el más importante de los desarrollados en Anatolia, no era el único.

Coincidiendo cronológicamente con él —año 220—, tuvo lugar la guerra, motivada por los derechos de peaje del Bósforo. Estalló en el 220 cuando los rodios intentaron hacer desistir a los bizantinos de cobrar los peajes por el paso del estrecho. Aprovechando esta coyuntura, el rey bitinio, Prusias I, se apoderó de las posesiones bizantinas en la orilla asiática del Bósforo. Para contrarrestarlo, Bizancio azuzó contra él una rebelión interna en la persona de su tío Zipoites, cuya muerte prematura dio al traste con tales planes.

Por su parte, Prusias I no se quedó impasible frente a tales actos sino que provocó la sublevación de tribus tracias contra Bizancio, llegándose a una situación tan peligrosa que sólo pudo ser salvada por la ayuda del reyezuelo celta Cauaros, pagado por la ciudad. A su vez los rodios aparecieron prestos para entrar en tratativas, pro-

duciéndose entonces un acto de difícil explicación: la retirada de Prusias con el abandono de sus conquistas. Sólo un peligro mayor pudo ser capaz de esta renuncia efectuada por el rey bitinio. Will (*op. cit.,* II, p. 37) piensa en una posible amenaza de los galos sobre el mismo núcleo del reino de Prusias.

En este conflicto las grandes potencias del escenario político se mantuvieron al margen, excepto Rodas, todopoderosa en el mar, y la más interesada en el mantenimiento de la libertad de tránsito en los Estrechos.

4. La vida política del 220 al 205

El interés de los historiadores se centró para los años siguientes en la «Anábasis» de Antíoco III en las satrapías iranias, desarrollada a lo largo de siete años (212-205). Además de esto, existía otro escenario político de un enorme interés desde la instalación en el trono de Macedonia de Filipo V, contemporáneo de Antíoco III y personalidad política de enorme relevancia.

Digno de señalar es también el hecho de la intervención de Roma por vez primera en los asuntos griegos, cuya presencia se convertirá en una constante durante las décadas sucesivas.

En el juego de alianzas delineado entre los diferentes estados griegos continentales, de los cuales Macedonia es la potencia más sobresaliente, algunos otros estados insulares y minorasiáticos desempeñan un papel más o menos destacado. Así, sabemos del acercamiento entre Pérgamo y la Confederación etolia, cuya relevancia en la vida política griega había ido creciendo desde mediados del S. III, por más que desconozcamos, sin embargo, su gestación. Tal amistad favorecía, en principio, a Pérgamo, sobre todo tras haberle sido cercenado algunos de los territorios conquistados por Átalo I, primero por Aqueo y después por Antíoco, y dado que sus relaciones con algunos estados próximos —tales como Bitinia o Rodas— distaban de ser cordiales. La alianza entre etolios y pergamonos aparece explícitamente mencionada en el tratado firmado entre los primeros y Roma el año 212, (LIV. XXVI, 24; *IG* IX2 1,2 nº 241) sancionado por el Senado en 210, que, entre otras cosas, representa la primera intervención activa de Roma en los asuntos griegos. Dirigido contra Filipo V, el compromiso contenido en él era que los etolios atacarían por tierra al rey macedonio apoyados por mar por los romanos, a los que seguían cláusulas sobre asignaciones territoriales de los vencidos, etc. Resultado de este tratado romano-etolio fue un hecho, quizá en principio insignificante, pero que tendría importancia posteriormente: la isla de Egina, capturada por los romanos, fue entregada a los etolios, los cuales a su vez la vendieron a Átalo. Éste la utilizará como base naval, estratégicamente de gran significación.

Las actividades bélicas, o primera guerra de Macedonia, se desarrollaron fundamentalmente en ámbito griego. Pero por lo que a los estados minorasiáticos se refiere, destaquemos que, incardinado en esta guerra, está el conflicto secundario entre Átalo I y Prusias de Bitinia, animado éste por Filipo, como respuesta a la activa intervención del rey pergameno en las filas de los etolios (Átalo I fue, incluso, en 209 estratega de éstos). Así, en 208, Átalo debió regresar a Asia para encarar la lucha contra el rey bitinio. Ya en este año se producen intentos de mediación para lograr una solución negociada, efectuados por rodios y quiotas, perjudicados por el deterioro de las relaciones comerciales subsiguientes a todo conflicto y preocupados, a su vez, por el creciente poderío naval de Átalo de Pérgamo. También Egipto quiso interceder



Vista de conjunto del Altar de Pérgamo
(Hacia el 180-160 a.C.)
Pergamon Museum, Berlín.

en orden a motivaciones de idéntico signo. En todo caso, unos y otros fracasaron.

No fue éste el único abandono entre las filas opuestas a Filipo. También lo hicieron los romanos, empeñados en el conflicto con Cartago. A la par, la Confederación aquea encontraba un nuevo líder, Filopemen, que supo aglutinar en torno a sí a la práctica totalidad de los peloponesios excepto Esparta, derrotada por éste en Mantinea el año 207. En tales condiciones, los etolios no pudieron resistir el ataque de Filipo, producido en 206, viéndose constreñidos a pactar, cediendo a las duras condiciones impuestas. La reacción romana se produjo enseguida con el envío de un ejército que desembarcó en Iliria. Pero, finalmente, por mediación de los epeirotas, se llegó a la conclusión

de la paz de Fenice en 205, cuyos beneficios se extendieron probablemente a Átalo I.

5. Entente Filipo V-Antíoco III y sus repercusiones

Liquidada la 1.ª guerra macedónica, Filipo V comienza a manifestar su interés en el Egeo. Obedeciendo a éste, se empeñó en la tarea de dotarse de una fuerza naval de la que carecía, confiando la tarea de adquirir los recursos necesarios al pirata etolio Dicearco y no deteniéndose ante una guerra con Rodas. De todos modos, Filipo parece haber logrado sus propósitos, pues pudo contar poco después con una flota de la que antes carecía.

Por lo demás, la situación de Egipto en aquellos momentos animó a las otras dos potencias helenísticas a sacar de ella el mayor partido posible. En efecto, la muerte prematura de Ptolomeo IV en 204 había dejado un trono regido por un niño de seis años, en manos de consejeros ambiciosos y en medio de un país en crisis económica, provocada por una paralización de las empresas exteriores. Ello justifica que enclaves antes dentro de su órbita política, si bien alejados de zonas consideradas vitales por Egipto, optaron por alejarse de su influencia, acogiéndose a la protección de otra potencia más poderosa. Tal fue lo sucedido con las ciudades carias que prefirieron el amparo de Antíoco III, cuyo ejemplo más conocido es el de Amizón (Welles RC 38), efectuado ya en 203.

Pero lo más grave, en el plano teórico al menos, fue la concertación entre Filipo V y Antíoco III de un tratado en el que se estipulaba el reparto entre ambos del Imperio Lágida, sin que sepamos exactamente las cláusulas por la pérdida del texto polibiano que lo transmitía. Al parecer, según una escueta noticia del historiador griego, Filipo se apoderaría de Egipto, Caria y Samos mientras Antíoco lo haría de Celesiria y Fenicia (Pol. III 2,8). Sin embargo, Apiano (Mac. 4,1) habla del apoyo prometido por Filipo al monarca seleúcida para apoderarse de Egipto y Chipre, mientras éste actuaría de manera similar con el rey macedonio en relación con Cirene, las Cícladas y Jonia.

Que esto sucediera así o bien de otra manera, no lo sabemos, pero es cierto en todo caso que algo hubo, (el convencimiento absoluto de Polibio lo demuestra), quizá tan sólo la delimitación de zonas de influencia para ambos, comprendiendo en ellas los antiguos dominios lágidas: así, Antíoco habría dejado Caria a Filipo para de esta manera poder lanzarse con tranquilidad a la conquista definitiva de Celesiria. La campaña, emprendida quizá en 202 —la 5.ª guerra siria—, terminaría en 200 con la victoria definitiva de Panión, que ponía punto final al dominio ptolemaico de la región, nueva provincia del Imperio Seleúcida con el nombre de Celesiria y Fenicia. Posteriormente se produciría el envío a Antíoco de una embajada de Roma, a petición de Egipto, para obtener del rey seleúcida el compromiso de respetar aquel país, pero con el objetivo más profundo de evitar la alianza de éste con Filipo V en caso de un previsible conflicto. De este modo, Roma se inmiscuyó por primera vez en los asuntos de Asia a petición de uno de los países interesados en aquella área geográfica.

6. La expansión de Filipo V

Antes de iniciar su campaña en Asia Menor propiamente dicha, Filipo actuó en la zona de los Estrechos y Tracia, atacando en primer lugar —202— las ciudades libres, tales como Lisimaquia, Calcedonia y Cíos, aliadas de los etolios, quienes, pese a su vo-

luntad, no pudieron hacer nada por ayudarlas. Pero el ataque a estos enclaves, especialmente Cíos, despertó la inquietud de Rodas, por la amenaza que ello significaba para sus actividades comerciales, y de Pérgamo, dado que Filipo había actuado en este caso impulsado por Prusias de Bitinia, enemigo de Pérgamo. A su vez, Filipo se granjeó la enemistad de Bizancio al capturar Perinto, aliada suya. Por lo demás se apoderó también de Tasos, pero momentáneamente dejó intactas las posesiones ptolemaicas en el área tracia, en un acto de diplomacia que refleja su visión política.

Al año siguiente —201—, el rey macedonio despliega una gran actividad en las Cícladas, apoderándose de varias de ellas antes de avanzar hacia Samos, base ptolemaica, pero cuya flota, al no existir declaración de guerra sino amistad oficial entre ambos países, permaneció inactiva. la manifestación de las verdaderas intenciones de Filipo generó la reacción lógica de resistencia. Dejando allí un cuerpo naval para terminar su conquista, el rey se dirigió hacia la costa minorasiática, pero los rodios, en cuya órbita territorial estaba Caria, intentaron impedirlo siendo, sin embargo, derrotados en Lade. Filipo tenía el camino abierto: desde Mileto conquistó toda la región.

Ello no podía dejar impasibles a aquellos estados amenazados por la expansión macedonia. Además de Rodas, aliada ya quizá antes de Lade con Bizancio, Quíos, Cícico, etc., intervino por fin Átalo de Pérgamo. Filipo, queriendo obstruir la operación, operó militarmente en territorio pergameno sin poder conquistar, empero, la ciudad, viéndose forzado a retirarse hacia el Sur. La petición de ayuda dirigida al gobernador seleúci-

Sobre los orígenes del reino de Pérgamo

Pérgamo mantuvo una cierta hegemonía sobre estas zonas costeras. Era aquella una ciudad muy famosa y próspera durante el largo tiempo que fueron reyes los Atálidas. Debo empezar por esta zona mi siguiente descripción, explicando brevemente el origen y el final de esta dinastía. Pérgamo era la ciudad que custodiaba el tesoro de Lisímaco, hijo de Agatocles, uno de los sucesores de Alejandro, y la ciudad se halla asentada sobre la cúspide de una montaña. Ésta es parecida a un cono y termina en un agudo pico. La custodia de esta fortaleza y del tesoro (que ascendía a mil talentos) fue confiada a Filetero, originario de Tiano, eunuco desde muchacho. Había ocurrido cierta vez en un funeral, en donde se desarrollaba un espectáculo al que asistía mucha gente, que la niñera de Filetero, aún infante, aprisionada entre la muchedumbre sufrió tan terribles apreturas que el niño quedó incapacitado. Era, pues, eunuco, pero había sido muy bien educado y se mostró digno de semejante confianza.

Durante un cierto tiempo fue leal a Lisímaco pero luego mantuvo graves diferencias con Arsínoe, mujer de aquel, que lo calumnió. Entonces logró separar a Pérgamo de Lisímaco y se hizo gobernador, por el momento, de la ciudad, pues veía que sus habitantes estaban bien dispuestos para el cambio. Lisímaco, abrumado por problemas internos, se vio obligado a matar a su propio hijo Agatocles. Seleuco Nicator invadió su territorio y lo destronó, pero éste, a su vez, fue asesinado traicioneramente por Ptolomeo Keraunós. Durante estas revueltas, el eunuco continuó como dueño de la fortaleza gobernando a base de promesas y adulaciones hacia el más fuerte que se encontrara cerca. Así se mantuvo durante veinte años como dueño de la ciudadela y del tesoro.

Filetero tenía dos hermanos, el mayor Eumenes; Átalo, el más pequeño. El primero tenía un hijo del mismo nombre que fue el sucesor en el gobierno de Pérgamo, transformándose en soberano de los lugares circundantes, de modo que llegó a vencer en batalla a Antíoco, hijo de Seleuco, cerca de Sardes. Murió tras reinar veintidós años.

(Estrabón, *Geografía* XIII,4,1-2)

da de Asia Menor, Zeuxis, no obtuvo la respuesta apetecida, habida cuenta de los recelos que las actividades de Filipo debían haber despertado ya en Antíoco. Ante esa situación, el rey macedonio intentó la toma de Quíos: pero su defensa estaba garantizada por las flotas de Rodas y Pérgamo ante las cuales Filipo V en solitario tenía pocas esperanzas de salir airoso. Se retiró a Samos y de allí a Caria.

La retirada del macedonio a esta región minorasiática está justificada por las relaciones existentes desde la época de Antígono Dosón entre Macedonia y Caria. Por enigmática que sea la campaña de éste en Caria no parece que deban existir dudas sobre ella. Desde entonces —227—, si bien no hubo verosímilmente una auténtica ocupación macedonia de la región con la instauración del consiguiente aparato administrativo, etc., es claro que los intereses de Macedonia estuvieron allí presentes, representados por un reyezuelo local, Olímpico de Alinda, con quien ya Dosón entabló relaciones. No obstante, Filipo no se contentó con esto y quiso expansionarse tanto en la parte de Caria perteneciente a Rodas, como a costa de ciudades autónomas. La respuesta de Rodas y Pérgamo fue el bloqueo de la flota macedonia en Bargilia, hecho que forzó al rey a pasar allí el invierno sin los recursos suficientes para el ejército. Pasado éste, el rey logró él solo escapar al cerco para dirigirse a Macedonia, pues la situación en Grecia le preocupaba. Apoyando a los acarnanios frente a Atenas, ésta obtuvo el apoyo de la flota rodiopergamena a la sazón en Egina —isla de Pérgamo, como hemos visto— y cuya superioridad quedó manifestada claramente.

Rodas y Pérgamo, sin embargo, no desplegaron tan sólo actividades bélicas contra Macedonia sino que actuaron simultáneamente por vía diplomática.

7. Rodas y Pérgamo piden ayuda a Roma: la 2.ª guerra de Macedonia (200-196)

La panorámica política que se estaba configurando era en efecto, preocupante para ambos estados. Ya hemos mencionado lo perjudicial de la ocupación macedonia de determinados enclaves en los Estrechos y Tracia para las actividades comerciales de Rodas. Pero es que, por otro lado, su tradicional aliado, Egipto, estaba atravesando por momentos realmente comprometidos, a consecuencia de los cuales perdería definitivamente, el año 200, el control de Celesiria. Además, la ofensiva de Filipo le había arrebatado sus dominios en el continente, y se podía prever cómo un avance macedonio en aquellas regiones podía trastocar el equilibrio existente. Pérgamo por su parte, era la otra gran perjudicada por la política agresiva de Filipo, pues no sólo le había privado de las ampliaciones territoriales efectuadas anteriormente, dejándole sin posibilidades de recuperarse, sino que daba rienda suelta y apoyo a su principal adversario en Asia Menor: Prusias de Bitinia. Así las cosas, no le quedaban a uno y otro estado más posibilidad para lograr la neutralización de Filipo que el recurso a Roma (la pasividad demostrada por Antíoco III en este contexto puede ser un argumento para avalar el hecho de que, en efecto, ambos monarcas actuaban de consuno). Las tremendas consecuencias de este hecho no podían ser previstas entonces.

Las demandas de rodios y pergamenos encontraron en Roma oídos dispuestos a escuchar sus quejas, si bien, en principio, se mostraron remisos a intervenir directamente, pues los comicios rechazaron una primera propuesta de declarar la guerra a Filipo, no siendo aprobado el proyecto hasta más tarde, una vez presentado por segunda vez. Entretanto se envió



Philetairo de Pérgamo, hallado en Herculano Museo Nacional de Nápoles.

a Oriente una misión diplomática para recabar información.

Estando ésta en Atenas, se produjo contra la ciudad un ataque macedonio, dirigido por Nicanor, a quien los delegados romanos encargaron llevar a Filipo un ultimátum según el cual invitaban al rey a no actuar militarmente contra ningún pueblo griego y a someterse a un arbitraje por los perjuicios ocasionados a Átalo; si accedía habría paz con Roma y si no, lo contrario. Pero el monarca macedonio, lejos de dejarse intimidar por ello, emprendió una campaña ofensiva contra Tracia y los Estrechos sin que en esta ocasión respetara las propiedades egipcias en la zona y cuyo episodio más destacado fue el asedio de Abidos. Fue aquí donde recibió otro ultimátum en los mismos términos del primero. Simultáneamente, no obstante, la flota romana desembarcaba en Iliria (octubre del 200).

Mucho se ha discutido sobre el cambio de actitud que se percibe acaeció en Roma y que significó el estallido de la segunda guerra de Macedonia. No vamos a entrar ahora en la discusión de toda esta problemática. Tan sólo diremos que, verosímilmente, estaba dirigida en exclusiva contra Macedonia y no contra una hipotética coalición de Oriente (esto es Filipo y Antíoco) contra Occidente (es decir, Roma), y que en ella intervinieron de modo claro no solo móviles políticos, sino también sociales, derivados de las dificultades inherentes a la desmovilización del ejército romano, una vez finalizado el conflicto con Cartago. (A. Piganiol, *La conquête romaine,* p. 214).

8. Antíoco III en Anatolia

El comienzo de la 2ª guerra macedónica impidió a Filipo continuar con sus planes expansionistas en Asia Menor y el Egeo, al deber consagrar todos sus esfuerzos en la resolución de este conflicto. La oportunidad del momento fue aprovechada de inmediato por Antíoco III, una vez cumplido su propósito de reconquistar la Celesiria.

No obstante, según Will (*op. cit.,* II p. 153) antes de que el propio rey tomara personalmente las riendas de las campañas en Anatolia y mientras liquidaba del todo la cuestión siria, habría encargado, a su gobernador Zeuxis quizá, efectuar alguna expedición previa, tarea que habría comenzado en 199. Resultado de ello sería la ocupación seleúcida de territorios adquiridos por Pérgamo en la época del conflicto con Aqueo, pues Polibio dice que Eumenes II recibió de su padre (en 197) un reino de los más pequeños (XXXIII 11,7; XXXII 8,3). En ello también tendría su papel Prusias I de Bitinia que habría capturado la región de Frigia Epictetes, conquistada entre los años 216-213 por Átalo I a Aqueo. Las operaciones seleúcidas llevadas a cabo en 198 parece que afectaban igualmente a regiones litorales, que, sin embargo, se vieron forzados a evacuar acto seguido, pues habiéndose producido una embajada pergamena a Roma para pedir ayuda ante la invasión del reino de Pérgamo por Antíoco III, el Senado intervino ante éste por vía diplomática. La eva-



Escultura de Pérgamo. Sátiro dormido.
(Hacia el 220 a.C.) Cliptoteca de Munich.

cuación de los territorios en disputa es una prueba del éxito conseguido.

Al año siguiente, 197, Antíoco mismo intervino en Anatolia. Sus proyectos se dirigían a obtener para el Imperio Seleúcida las salidas al mar de que antes había dispuesto, pero perdidas hacía ya décadas. No obstante, era evidente que los territorios pergamenos no podían ser tocados so pena de conflicto con Roma. Así, se empeñó en principio en la conquista de los enclaves aún en poder de Egipto en la costa anatólica meridional, cuestión resuelta fácilmente y que ponía punto final al imperio marítimo ptolemaico (solo quedarían a Egipto algunos lugares en la parte oriental de Creta y una guarnición en Tera). Antíoco se condujo de manera similar con las ciudades libres, respetando en todo caso la zona de interés rodio. Éfeso, de este modo, pasó a ser la base marítima seleúcida más importante en el Egeo. Otras operaciones se efectuaron en la zona de los Estrechos, donde conquistó Abidos, plaza conseguida anteriormente por Filipo. Pero no todas las ciudades cayeron fácilmente en poder de Antíoco: Esmirna y Lámpsaco se resistieron a perder su independencia, haciendo por ello un llamamiento de auxilio a Roma. A su vez, la infantería había atravesado Anatolia de Sur a Norte, alcanzando sin problemas el Helesponto donde la encontramos en 196. Sus vicisitudes nos son en todo caso desconocidas en los detalles, si bien parece que para poder producirse este paso del ejército, debía existir algún entendimiento entre Antíoco y Prusias, motivado por un enemigo común: Pérgamo.

a) Antíoco y Roma en 196

El victorioso desenlace obtenido por Roma en Cinoscéfalos,sobre Filipo y la demanda recibida por el Senado de Esmirna y Lámpsaco, determinaron que de una manera más atenta los romanos se fijaran en Antíoco III, aunque sin albergar todavía una seria preocupación respeto a él. Éste, dando forma a sus planes primitivos, continuó sus operaciones en Tracia, donde se encontraba en 196 cuando se produjo la declaración de Flaminino sobre la libertad de los griegos. Allí recibió la respuesta a las peticiones formuladas por las dos ciudades solicitantes. El contenido era la prohibición de capturar o atacar a ninguna ciudad autónoma de Asia, así como la orden de evacuar las que, estando bajo autoridad de Ptolomeo o Filipo, habían sido anexionadas por el monarca seleúcida, prohibiéndose a éste pasar a Europa con el ejército. Las mismas peticiones le fueron formuladas por los embajadores romanos encabezados por L. Cornelio Léntulo, con los que se entrevistó en Lisimaquia. La respuesta de Antíoco fue clara: los asuntos de Asia no incumbían a Roma, como tampoco los de Italia a él, justificando su presencia en Tracia por su pretensión de recuperar lo que había pertenecido a sus antepasados y arrebatado a los Seleúcidas por egipcios y macedonios. Más allá de esto no era su intención actuar. En cuanto a las quejas de Esmirna y Lámpsaco estimaba oportuno someterse al arbitraje de otro estado griego: Rodas.

No parecía, así, que hubiera motivos de inquietud. Sin embargo, existía una justificable desconfianza relativa a él, pese a la cual los romanos se mantuvieron pasivos, si bien atentos al desarrollo de los acontecimientos. La presencia de Aníbal en la corte seleúcida desde el 195 no podía sino avivar el malestar, pese a lo cual prevaleció en Roma la política de tolerancia representada por Flaminino. Pero el fracaso casi inmediato de las medidas por él adoptadas en Grecia despertaría las ambiciones europeas de Antíoco, más allá de su programática restauración dinástica, que, a su vez, constituye un paso más hacia el

conflicto directo entre ambas potencias, Roma y el Imperio seleúcida.

A él contribuyeron en no poca medida los intereses de diferentes estados bien de Grecia o Asia Menor, cada uno de los cuales atizaba el fuego sobre uno u otro de los contendientes. Así, los etolios empujaron a Antíoco III, asegurándole la fidelidad de toda Grecia, mientras Pérgamo hizo lo propio con Roma. De todas maneras, antes de llegar a la guerra hubo iniciativas diplomáticas por ambas partes tendentes a evitarlas. Aparte de la embajada romana ante Antíoco en Lisimaquia, éste envió otra a Roma tiempo después, en 193, para solicitar la amistad del pueblo romano y regularizar así las relaciones seleucio-romanas, lo cual llevaba implícito la predisposición de Antíoco a pactar. Las condiciones puestas para su aceptación por parte de Flaminino, fueron las siguientes: si el monarca seleúcida se retiraba y evacuaba Tracia, Roma se desinteresaría de Asia, mientras que de negarse a esta condición debería reconocer su inmiscusión en los asuntos concernientes a las ciudades griegas de Asia. Era una posición más fuerte que la de 195 pero era claro el deseo romano de negociar. Debía de haber, no obstante, concesiones recíprocas. El rey, sin embargo, no dio una respuesta a estas propuestas romanas en vista de la agitación que contra Roma comenzaba a renacer en Grecia. Prefirió dejar un compás de espera para ver si la evolución de la situación política quizá le evitaba hacer concesiones inútiles. Desaprovechó así una ocasión histórica de mantener apartados de Asia a los romanos. Después, la guerra fue inevitable.

b) Guerra entre Roma y Antíoco III

En este conflicto cuyos principales contendientes quisieron repetidamente evitar, Antíoco tuvo de su parte en Grecia a los etolios, mientras que Roma conservó la alianza de la Confederación Aquea y de Filipo V. La guerra tuvo dos fases, una en Europa, otra en Asia. La primera acabó en la desbandada del ejército etolio-seleúcida en las Termópilas, acaecida en 191, después de lo cual Antíoco volvió a Asia, mientras la resistencia de los etolios y otros pueblos comprometidos con él era sofocada por los romanos.

La segunda fase, dirigida por los Escipiones, se dilucidó en parte por mar, pues Antíoco disponía, en efecto, de una poderosa flota. Pero la romana aunada con la rodia y pergamena no era inferior en modo alguno. Pergamenos y romanos obtuvieron éxito en un primer enfrentamiento en Córico —otoño del 191—, pero los rodios fueron vencidos en Samos. Posteriormente se produjeron una serie de operaciones a lo largo de la costa minorasiática, sin que ninguna de las dos flotas alcanzara éxitos resonantes ni definitivos. Éstos vendrían al año siguiente. Los rodios triunfaron sobre sus adversarios en Side (Panfilia) y a continuación ellos con romanos y pergamenos volvieron a tener la suerte de su lado al derrotar la flota seleúcida en Mioneso. Acto seguido Antíoco III ordenó la evacuación de Tracia.

Llegado este punto el rey quiso negociar nuevamente, accediendo ahora a las peticiones romanas del 196, pero evidentemente muchas cosas habían cambiado desde entonces y la postura de Roma, muy fortalecida respecto a Antíoco, no podía ser la misma en 190 que en 196. El rey no se resignó a aceptar las duras condiciones exigidas: debía retirarse de Asia Menor al otro lado de Tauro, más pagar la totalidad de los gastos ocasionados por la guerra. En tales condiciones, la guerra continuaba.

El enfrentamiento decisivo entre ambos ejércitos —uno, el romano, numéricamente inferior pero mucho más disciplinado y uniforme; otro,

superior, pero más heterogéneo— tuvo lugar en Magnesia del Sípilo. Aconsejado por Eumenes II, el comandante romano Domicio Ahenobarbo obtuvo un éxito total. Antíoco III se retiró al interior de su imperio. A comienzos del 189, comenzaron en Sardes las negociaciones para fijar las condiciones del tratado de paz a firmar —las mismas básicamente que las propuestas en 190—, que serían continuadas en Roma.

Mientras tanto, las operaciones bélicas tendían a liquidar cualquier rescoldo de agitación bien en Grecia bien en Asia, para, acto seguido, proceder a la regularización de las nuevas condiciones emergidas de estos conflictos. En Anatolia, así, el cónsul del 189, Cn. Manlio Vulso, acompañado por dos hermanos de Eumenes II, emprendió una campaña en las siempre conflictivas regiones del Sur y Suroeste de la península, Caria, Pidia y Panfilia, para penetrar a continuación en la Frigia ocupada por los Gálatas, contra los que se emplearon a fondo los romanos haciendo uso del terror. La victoria del cónsul sobre ellos tuvo gran resonancia entre sus contemporáneos (Pol. XXI 33-40,2; Liv. XXXVIII, 12-27).

c) La paz de Apamea (188) y sus consecuencias en Asia Menor

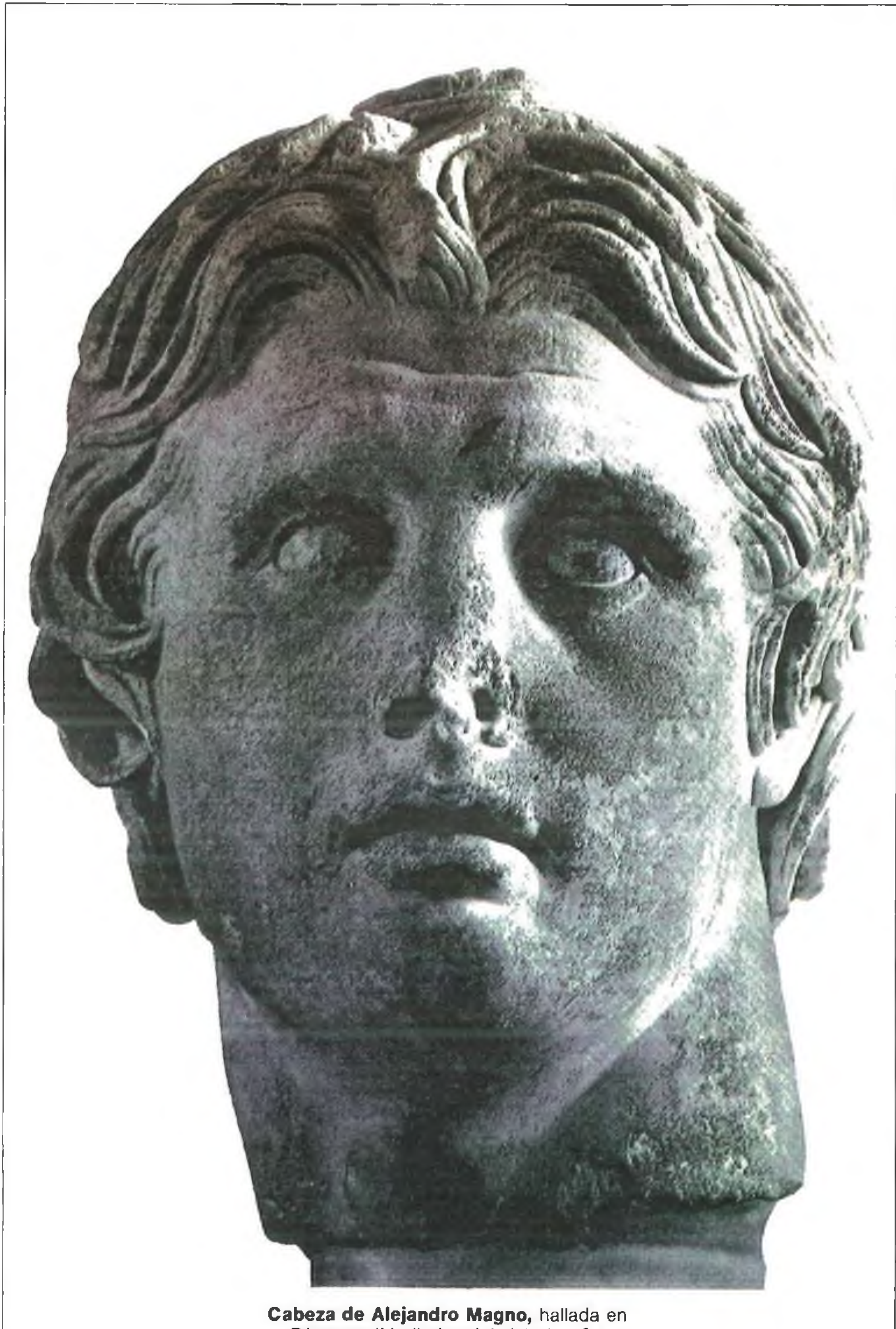
Las cláusulas del tratado de paz, impuestas por Roma a Antíoco y conocidas en detalle gracias a Polibio (XXI, 24, 1-2) y a Apiano (Syr. 39), fueron ciertamente duras. La frontera del Imperio seleúcida se situaba, hacia el Este, en el Tauro y el río Halis, debiendo a su vez retirar las guarniciones de los territorios a evacuar. Le fueron limitados asimismo los efectivos relativos a la posesión de elefantes y de la marina, la cual no podía actuar al oeste de la desembocadura del Calicadno (nada se dice sobre el ejército de tierra, lo que indica su falta de limitación numérica, si bien la prohibición de moverse en la zona de interés romano le afectaría por igual). Antíoco III debía además entregar una serie de rehenes en su poder, así como hacer entrega a Roma de destacadas personalidades antirromanas.

Desde el punto de vista económico, se le imponía una cuantiosa indemnización de guerra, 15.000 talentos y la obligación de proveer al avituallamiento del ejército romano de Asia Menor. Aparte, se comprometía a liberar de tasas las mercancías que desde las fronteras de su Imperio fueran destinadas a Rodas.

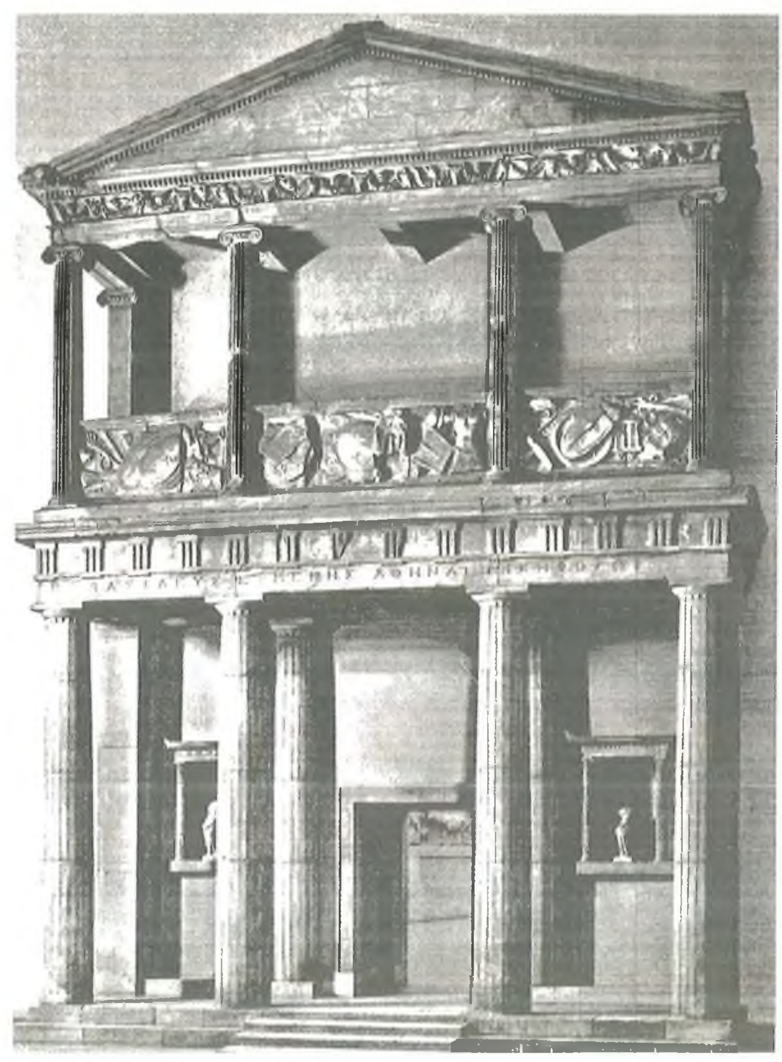
Finalmente Antíoco se comprometía a regularizar cualquier conflicto pendiente con las comunidades de las regiones occidentales que mediante este tratado había perdido. Afectaba sobre todo a Rodas.

El precio de la derrota fue, por tanto, para Antíoco muy elevado pues significó la renuncia, entonces para siempre, de sus territorios occidentales, quedando replegado hacia Oriente donde el área siria pasó a ser el nuevo centro de gravedad del Imperio Seleúcida.

Roma había contado en la guerra contra el monarca seleúcida con la alianza de Rodas y Pérgamo, estados que, sin figurar en el tratado, debían ciertamente de ser recompensados por su fidelidad. La dificultad estribaba en cómo gratificar a uno sin perjudicar al otro, dado que ambos tenían intereses contrapuestos. Los rodios, firmes defensores de la libertad de las ciudades griegas, principio defendido por Roma en Grecia, pero con propiedades territoriales, eran una potencia cuya prosperidad económica estaba basada en la libertad de comercio, a servicio del cual se consagraron durante décadas y con éxito; sabían que la libertad de las ciudades minorasiáticas era el único medio para sentar su influencia sobre la costa anatólica. Pérgamo, por el contrario, era un estado monárquico, cuyos fundamentos políticos eran, por tanto,



Cabeza de Alejandro Magno, hallada en Pérgamo (Mediados del siglo II a.C.) Museo Arqueológico de Estambul.



Vista frontal del Santuario de Atenea,
de Pérgamo (Siglo II a.C.), Berlín.

radicalmente diferentes de los rodios, con pretensiones expansionistas. La conciliación de ambos era, así, harto difícil como se puso de manifiesto en Roma cuando se estaban efectuando en el Senado las tareas preparatorias del tratado. (*Cf.:* el debate que presuntamente tendría lugar en el Senado en Pol. XXI 18-24, 9; Liv. XXXVII 52-56,6). La situación adoptada fue, como veremos, mixta, atendiendo, en parte, las pretensiones de uno y otro para evitar la perpetuación en Asia Menor del germen de la guerra. Roma, en todo caso, quedó fuera. Aún habiendo sido la autora del éxito sobre Antíoco, no reclamó nada por el momento. Regularizó la situación pero entre los propios estados allí presentes, sin imponer todavía su presencia. Fueron encargados de llevar a la práctica los acuerdos adoptados una comisión de delegados romanos, que, a su vez, eligieron a otra

serie de ciudades encargadas de los arbitrajes.

Los territorios minorasiáticos arrebatados a Antíoco fueron repartidos entre Rodas y Pérgamo. La primera recibió Licia y Caria hasta el Meandro, mientras al segundo le fue concedido todo lo demás: el Quersoneso tracio y ribera europea de la Propóntide, la Frigia helespóntica, Misia, Lidia, Frigia, Licaonia, Pisidia y Panfilia. De este modo, el reino de Pérgamo quedaba enormemente agrandado. Quedaban las ciudades griegas, respecto a las cuales el principio de libertad se mantuvo en parte. Aquellas que antes de la decisiva batalla de Magnesia eran libres, es decir, las que no habían sido tomadas por Antíoco III o las que se habían pronunciado por Roma, se declaraban *liberae et inmunes;* las demás, es decir, las que habían continuado bajo dominio seleúcida, serían repartidas entre Rodas y Pérgamo. Entre las primeras figuraban las islas de —Lesbos, Quíos, Samos y Cos— y Cícico, Lámpsaco, Ilión, Alejandría Tróade, Cime, Fócea, Esmirna, Clazómenas, Eritras, Colofón-Noción, Magnesia del Meandro, Priene, Mileto, Halicarnaso, Fáselis y Aspendos. En la relación no figura Éfeso, concedida a Pérgamo. La licia Telmeso, situada dentro del área rodia, también fue entregada al rey pergameno.

Los conflictos sobre la adscripción de zonas determinadas menudearon. Así, por ejemplo, la cuestión de Panfilia: los representantes seléucidas defendían que estaba ya en los límites del Imperio, mientras Pérgamo sostenía lo contrario.

En cualquier caso, el gran beneficiado por la victoria sobre Antíoco III fue Eumenes II. A este resultado condujo una consideración política importante y no sólo el mero agradecimiento, a saber, la necesidad de contar con un estado dentro de Asia, capaz de neutralizar cualquier intento seleúcida de rehacerse, a la par que sirviera también de freno a las previsibles pretensiones de Filipo de instalar nuevamente en Tracia el dominio macedonio. Y esto sólo era factible para Roma mediante el reino aliado de Pérgamo, pero de un estado agrandado y fortalecido como fue el salido de Apamea.

Desde el punto de vista jurídico hay un aspecto que merece la pena destacar: la derrota de Antíoco había sido obra de Roma, razón por la cual los territorios minorasiáticos, obligadamente abandonados por el monarca seléucida, eran una conquista romana. De esta forma, su reparto entre los dos estados aliados era una concesión graciosa por parte de Roma, susceptible de ser revocada en un determinado momento. Tal otorgamiento hacía que esos estados se convirtieran, a su vez, en clientes del pueblo romano, como lo eran tambien las ciudades cuya suerte se había puesto bajo el patrocinio jurídico de Roma.

La experiencia, o sus propias perspectivas, había hecho cambiar de planteamientos a la potencia occidental. Su comportamiento en Apamea está en contraste marcado con su actuación pocos años antes, en 196, con los griegos. Al contactar con las monarquías helenísticas orientales adopta las prácticas vigentes en ellas a las que adecúa las suyas propias. Ya no proclama el principio de la autonomía y la libertad, arma utilizada con los griegos contra el expansionismo macedonio, sino que hace uso del derecho de guerra en vigor secularmente entre las monarquías de Oriente.

Con esta nueva panorámica territorial se cierra todo un capítulo trascendental de la historia minorasiática. El gran protagonista del cambio, Antíoco III, no sobreviviría demasiado a esta situación creada tras su derrota, pues moriría poco después, vilmente asesinado, en 198, a consecuencia de la oposición popular suscitada por su intento de saquear otra vez el templo de Ecbátana.

IV. El reino de Pérgamo tras Apamea

El enorme engrandecimiento de Pérgamo, resultante de la paz de Apamea, se hizo naturalmente a costa de otros estados con presencia en Asia Menor y cuyos intereses resultaron, así, lesionados. Será esto causa de conflictos entre las partes implicadas.

1. Guerra entre Pérgamo y Bitinia (186-183)

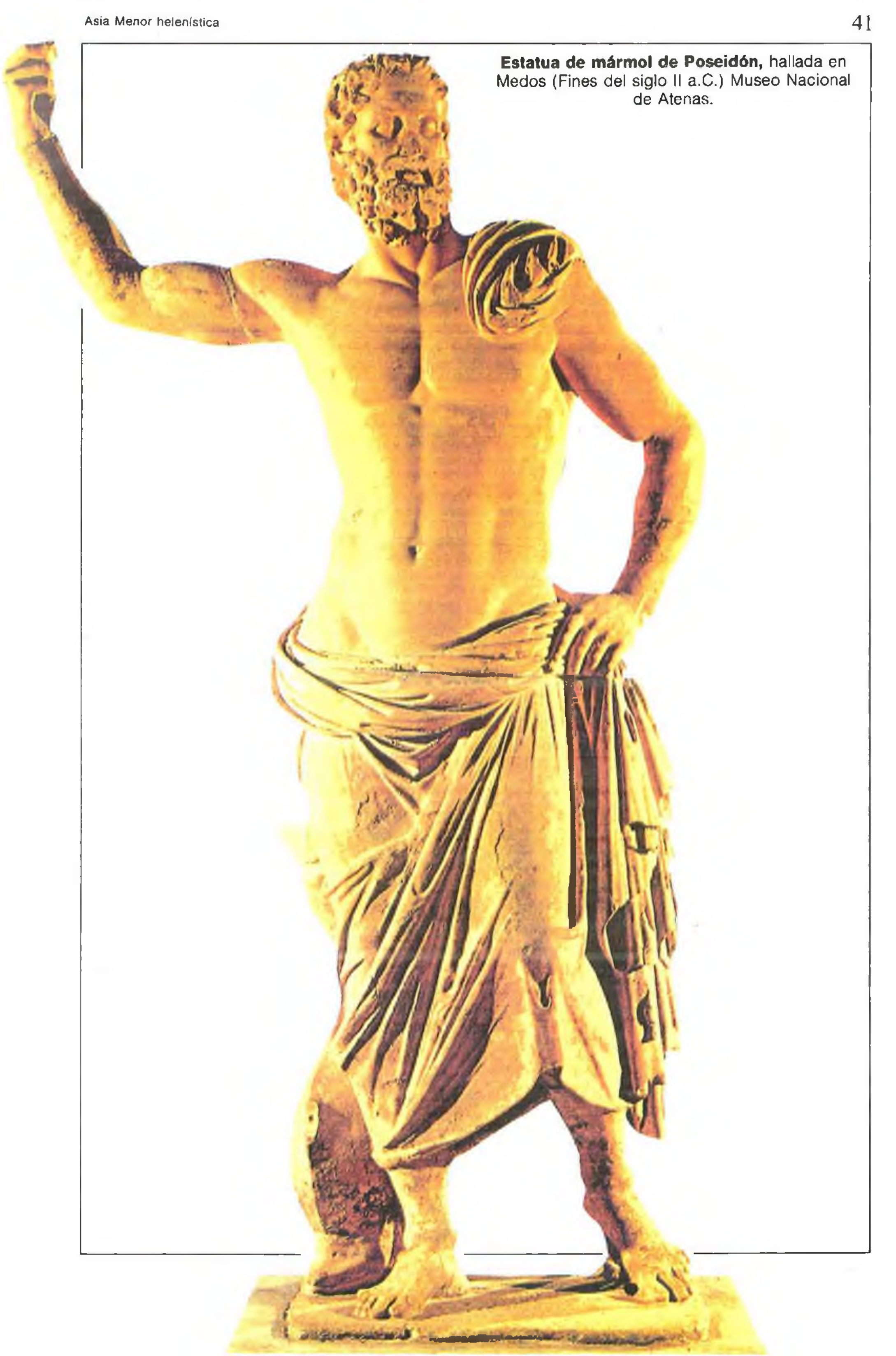
La manzana de la discordia entre ambos reinos era la parte de Frigia septentrional conquistada por Prusias en 198 a Átalo I, respetada por Roma, en principio, para mantener Bitinia neutral en el conflicto con Antíoco III. Su adjudicación a Eumenes en el tratado de Apamea —la Misia mencionada en él— llevaría a esta guerra, cuyo desarrollo y desenlace apenas conocemos. Tan solo sabemos que, a petición de ambos, hubo mediación romana en la persona de Flaminino que determinó —según pudo deducirse por la situación ulterior— el paso a Pérgamo de la región en disputa e, incluso, de una parte de Bitinia.

2. Ofensiva contra Farmaces del Ponto (182-179)

Las operaciones contra este reino fueron determinadas por el expansionismo póntico propugnado por su rey,



La musa Terpsícore, hallada en Mileto. Museo Británico.



Estatua de mármol de Poseidón, hallada en Medos (Fines del siglo II a.C.) Museo Nacional de Atenas.

Descripción del templo de Zela

Del conjunto de la región es dueño Pitodoris al que pertenece no solo Fanorea sino también la Zelítide y la Megalopolítide. Sobre la primera hemos hablado ya. La Zelítide tiene como capital a Zela, villa amurallada en la desembocadura del Semíramis; allí se halla el templo de Anaítis, a quien adoran también los armenios. Los ritos que se llevan a cabo en el santuario son de una gran religiosidad y todos los habitantes del Ponto formulan allí sus juramentos sobre los asuntos más importantes. El número de esclavos sagrados y los honores de que gozan los sacerdotes en el tiempo de la monarquía eran los mismos que he mencionado anteriormente. Pero ahora todo se halla en poder de Pitodoris. Muchos personajes han hecho daño al conjunto y han reducido el número de esclavos sagrados junto con el resto de los recursos del santuario. Sus terrenos adyacentes fueron minorados, dividiéndose en diferentes dominios, lo que se llama la Zelítide (con la ciudad de Zela en la desembocadura). Antiguamente, sin embargo, los reyes gobernaban a Zela no como ciudad sino como santuario de los dioses persas y el sacerdote era el señor de todo. Se hallaba habitado por gran cantidad de esclavos sagrados y el sacerdote, con gran abundancia de bienes materiales. Todo el territorio sagrado circundante y el del sacerdote con sus numerosos servidores estaba sujeto a aquél. Pompeyo unió muchas provincias a esta zona y nombró ciudad a Zela y a Megalópolis, uniendo a ésta con Culupene y Camisene para formar un solo estado. Estas dos últimas son fronterizas de Armenia Menor y Laviansene; poseen minas de sal y una antigua fortaleza, llamada Camisa, ahora derruida. Los gobernadores romanos posteriores asignaron una parte de estos territorios a los sacerdotes de Comana; otra, al de Zela y otra, a Atepórix un dinasta de la familia de tretarcas de Galacia. Cuando Atrepórix murió, toda esta región, no muy amplia, pasó a poder de los romanos con el nombre de provincia (que constituye una organización política por sí misma a la que pertenece también Carana, por lo que la región se llama Caranítide), mientras que el resto pertenece a Pitodoris y a Diteuto.

(Estrabón, *Geografía* XII, 3,37)

Farnaces I y efectuado tanto hacia el Norte del Mar Negro como hacia el Sur, es decir, el continente anatólico. Uno de sus objetivos prioritarios fue la conquista de Sínope, el mejor y casi único puerto de la ribera meridional del Ponto. Pero el ataque de Farnaces a Capadocia otorgó al conflicto proporciones considerables, al sentirse afectadas por él las potencias minorasiáticas y a la postre tambien Roma. Ariarates de Capadocia era, en efecto, aliado de Pérgamo, a los que se unieron Prusias II de Bitinia y diversas tribus gálatas entre otros. Rodas se mantuvo un poco en segundo plano tras este bloque. Farnaces, por su parte, obtuvo el apoyo de otras tribus gálatas y de Mitrídates de la Pequeña Armenia. La intervención de Seleuco IV a favor de éste fue, al parecer, detenida por una embajada romana.

El apoyo de Roma solicitado por Eumenes no recibió la respuesta alcanzada en otras ocasiones. Este elemento nuevo no tiene una explicación clara: quizá Roma empezaba a contemplar con desagrado el excesivo poder de Pérgamo, viendo en el Ponto el contrapeso adecuado a dicho reino. En todo caso, la intervención romana no se produjo, lo cual no impidió la derrota de Farnaces que se vio obligado a renunciar a sus progresos territoriales, con excepción de Sínope, en un tratado de paz, concluido, pese a lo anteriormente dicho, bajo la égida romana.

3. Deterioro en las relaciones Pérgamo-Roma

Las causas determinantes de este hecho son varias. Ya hemos mencionado una de ellas, el excesivo peso político de Pérgamo en Asia Menor de donde era la potencia indiscutida, toda vez que, además, había logrado la neutralización de la amenaza seléuci-

da, al haber intervenido decisivamente en el acceso al trono de Antíoco IV en 174. Otra, quizá la decisiva, el comportamiento de Eumenes en la tercera guerra de Macedonia, sobre el que, de todos modos, es difícil hacer un juicio exacto. Al comienzo del conflicto con Perseo, rey macedonio, la posición del monarca pergameno a favor de Roma es clara, si bien colaboró con escasos contingentes militares. Quizá los primeros fracasos romanos enfriaran un poco su apoyo, pero el envío en 169-8 de embajadores macedonios a Pérgamo —cuyo mensaje, por lo demás, desconocemos— hizo aparecer en Roma a Eumenes como un personaje sospechoso, donde incluso se le llegó a acusar de haber tenido él mismo la iniciativa en tales conversaciones. En cualquier caso, el monarca pergameno, aún algo distanciado, permaneció en el campo romano.

Existía, sin embargo, un peligro para su reino que puede quizá justificar esta insuficiente o débil colaboración de Eumenes en la guerra contra Perseo: la insurección de los gálatas acaecida en 168, antes de haber finalizado el conflicto macedonio. La situación llegó a adquirir tintes tan graves como para que Átalo, hermano del rey, fuera enviado a Roma con objeto de solicitar su intervención diplomática, con nulo resultado, pues la sublevación continuó. Eumenes acudió en persona a Italia sin que el Senado accediera a recibirlo, pero más tarde logró con su propio ejército aplastar a los gálatas. Sin embargo, la concesión por Roma en 166 de la autonomía a estas tribus privaba a Pérgamo del beneficio de sus victorias. No obstante, en la práctica, no parece haber sido así de modo absoluto, pues las inscripciones revelan la intervención pergamena en los asuntos de Galacia (Wells, RC, p. 246 ss.).

La muerte de Eumenes II se produjo poco después de estos hechos, en el año 160/-59, sucediéndole el que había sido estrecho colaborador suyo, su hermano Átalo II.

4. El reinado de Átalo II

Desde el mismo comienzo de su gobierno, Átalo II se vio envuelto en una serie de conflictos, generados en su entorno más inmediato.

a) El conflicto con Capadocia

En principio, la no intervención seleúcida en los asuntos minorasiáticos parecía haber llegado a su fin una vez desaparecido Antíoco IV, cuya deuda hacia su benefactor Eumenes II había encontrado la adecuada respuesta. Con su sucesor Demetrio I ya no se estaba en la misma situación y la primera confrontación de intereses se presentó en ocasión de la crisis Capadocia.

El trono de Capadocia había sido ocupado, en efecto, por Ariarates V en 163. Demetrio I ofreció a éste la mano de su hermana Laódice, viuda de Perseo, en un intento de fortalecer las relaciones entre ambos reinos. Pero consideraciones políticas —el deseo sobre todo de no enajenarse la voluntad de Roma— le movieran a rechazarla. Ofendido Demetrio, se tomó la revancha cuando el hermano de Ariarates V, Orofernes, le disputó el reino. El seleúcida tomó partido por éste pero Átalo II defendía a Ariarates y fue precisamente un ejército pergameno quien le restituyó en su territorio, siendo reconocido inmediatamente por el Senado. Capadocia quedaba, así, bajo influencia pergamena.

b) Las relaciones entre Pérgamo y Bitinia (159-154)

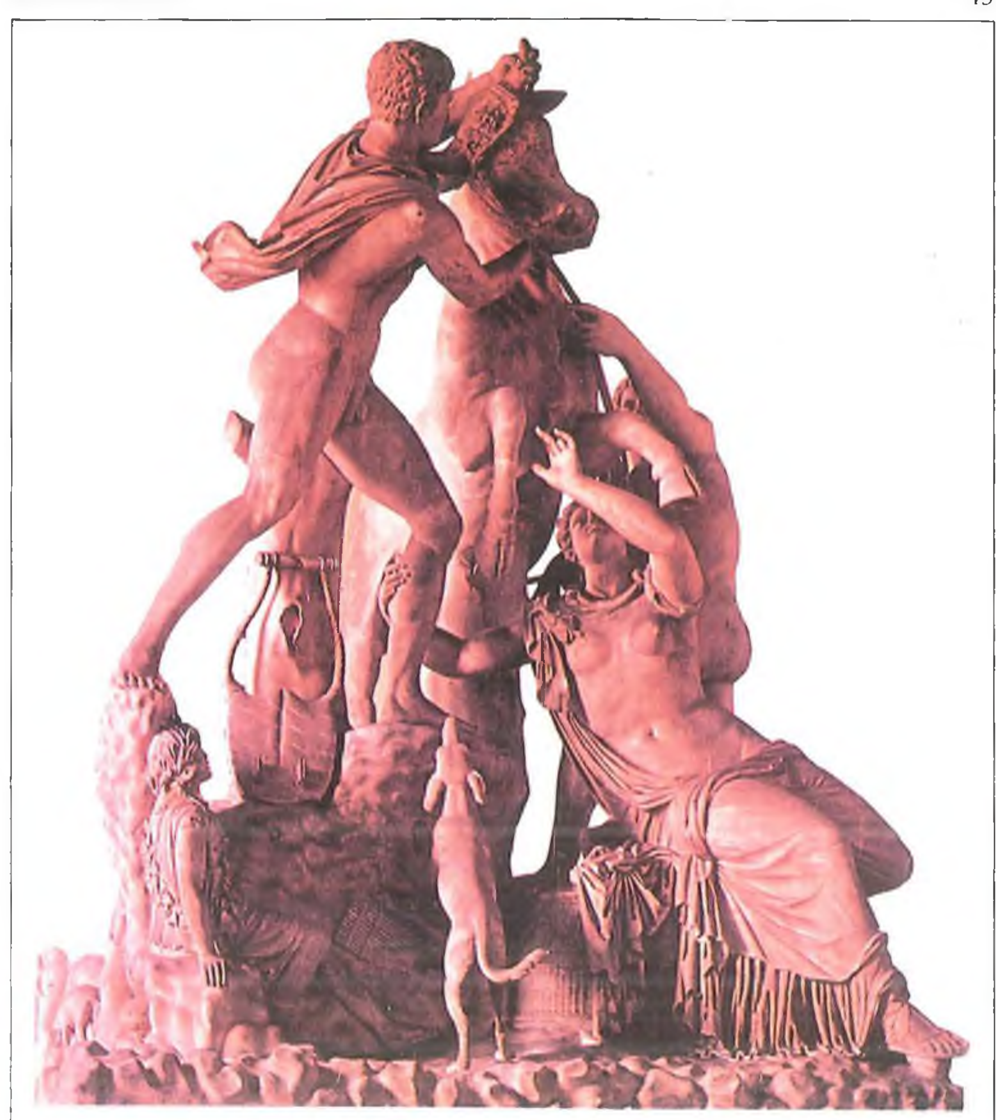
La reducción del territorio bitinio, resultado del conflicto entre Bitinia y Pérgamo años atrás, (*Cf.: supra*) dio lugar a la reproducción de las tensiones posteriormente. Su reanudación,

en 159, tuvo como causa probable la renovación del expansionismo bitinio hacia Galacia septentrional y los Estrechos, propugnada por Prusias II. Los estados amenazados por la pujanza bitinia y su política de expansión, el reino póntico con Mitrídates IV y Capadocia bajo Ariarates V apoyaron a Pérgamo, como también lo hizo Rodas, temerosa siempre de la posibilidad de bloqueo de los Estrechos. Aunque desconociendo mucho del origen y desarrollo de esta guerra, es claro que el territorio pergameno se vio sometido a toda clase de expoliaciones sin que la capital, dada su ubicación, las sufriera. La intervención diplomática romana, como era ya habitual en estos años, logró poner punto final al conflicto. En 154 Prusias se vio forzado a hacer algunas concesiones —entregar parte de la flota y pagar indemnizaciones de guerra— que, en realidad, no supusieron gran perjuicio ni mermaron su poder.

Poco después, sin embargo, la corte bitinia aparece envuelta en problemas familiares entre el rey Prusias II y su heredero Nicomedes, a consecuencia de los cuales pretendió aquél apartarlo de la sucesión, no sin antes intentar hacerse condonar los pagos debidos a Átalo II, valiéndose de los amigos romanos de su heredero. Después, éste habría de ser asesinado, lo cual, sin embargo, no salió de acuerdo con sus planes. Nicomedes se refu-

Cabeza de Átalo I de Pérgamo.
Berlín, Pergamon Museum.





Anfión y Zeus atando al toro.
Museo Nacional de Nápoles.

gió en Pérgamo y Átalo le ayudó a conseguir el reino. Prusias, falto de apoyos, fue finalmente asesinado en Nicomedia en 149.

5. Fin de la monarquía pergamena

El reinado de Átalo II representa el punto de poder e influencia más alto alcanzado por Pérgamo. Esto fue posible por la misma política propugnada por el monarca, que había sabido rodearse de estados cuyos reyes le debían su trono. Tales los casos de Ariarates V de Capadocia o el recién considerado de Nicomedes en Bitinia. Además, para neutralizar a Demetrio I, Átalo le creó un rival, Alejandro Balas, al que instaló en Cilicia, para lanzarlo desde allí a la conquista del

Imperio seleúcida. La aventura duraría algunos años, desde 153/-2 hasta la muerte del usurpador en 145.

Pero el ejercicio de tales medidas políticas sólo era factible en tanto en cuanto fueran bien vistas por Roma. Ya hemos aludido a las reservas mostradas por la gran potencia mediterránea hacia el comportamiento de Eumenes II. Quizá por ello, Átalo II actuó en consecuencia y se mostró más sumiso a Roma que consentiría bajo tales presupuestos a esta escalada de la influencia pergamena.

En todo caso, los últimos años de este monarca están marcados por la inactividad. A su muerte, acaecida en 139-8 le sucedió el hijo de Eumenes II, Átalo III.

En el corto período de reinado de esta extraña personalidad nada notorio fue hecho. Murió en 133, dejando a Roma como heredera del reino a excepción de la propia Pérgamo y su *chora*. Su repercusión en la Urbe será grande, pero las motivaciones por lo que ello se produjo entran de lleno en la historia de Roma, y no van a ser consideradas, por tanto, en este lugar.

El levantamiento de Aristónico

La última voluntad de Átalo III encontró contestación en la figura de Aristónico, un bastardo de Eumenes II que se opuso a la ejecución del testamento del último atálida. Realmente, sobre esta sublevación la información de las fuentes es muy poco explícita. No obstante, éstas cargan el acento sobre dos aspectos concretos: la extracción social de los seguidores de Aristónico y la ideología o el contenido ideológico de su mensaje.

Respecto al primero serían los estratos de población menos favorecidos los que más tempranamente se adhirieron a su causa. Así, los grupos tribales autóctonos sometidos a la dominación griega pero sempiternamente opuestos a ella y los esclavos. No obstante, la presencia en las filas del bastardo de otros elementos pertenecientes a los estamentos más altos de la población pergamena ha sido justamente deducida de las inscripciones (*OGIS* 338).

Por lo que al segundo punto se refiere, sabemos que Aristónico pretendía fundar un estado denominado Heliópolis o ciudad del sol cuyo contenido filosófico y religioso es evidente. Se trataría probablemente de dar a sus seguidores un objetivo común para todos, que comunicara una cierta homogeneidad a sus partidarios. Por otro lado, este estado estaría proyectado en términos de igualdad para todos, lema que lo haría atractivo entre los estamentos socialmente más bajos. Otros, sin embargo, viendo sus intereses comprometidos por el cariz revolucionario de esta sublevación, verían a Roma como su única salvación.

En todo caso la guerra estuvo viva durante unos años en los cuales las fuerzas romanas, engrosadas con contingentes de estados aliados — Ponto, Bitinia, Capadocia junto a algunas ciudades autónomas, Éfeso, Bizancio, Cícico— fueron obteniendo victorias sólo parciales. Finalmente Aristónico fue capturado en Estratonicea del Cairo en 130 por M. Perperua. Posteriormente se procedió a la ordenación jurídica de los territorios del antiguo reino.

De entre éstos, Roma se hizo cargo directamente de los situados en Europa —Quersonero Tracio y Egina—, unidos así a la provincia de Macedonia. Otros fueron repartidos entre las monarquías minorasiáticas aliadas: desconocemos sus límites pero se trataba, en todo caso, de las zonas menos helenizadas y más pobres. El resto pasó a formar parte de la nueva provincia de Asia, constituida en 129 por las regiones que habían sido nucleares en el reino atálida: Misia y la Tróade al Norte, Lidia en el centro, Frigia sudoccidental, y Caria.

V. La última fase de Asia Menor helenística

1. El estadio rodio tras Apamea

Como hemos visto más arriba, la presencia de Rodas junto a Roma en la derrota de Antíoco III había sido recompensada en el tratado de Apamea mediante concesiones territoriales en el continente, compuestas por las regiones de Caria y Licia. Su situación quedaba, pues, fortalecida, dado que seguía siendo la potencia marítima más fuerte, y tenía una gran influencia política, derivada de su posición como defensora de la libertad griega. Estos factores tenían, a su vez, una repercusión sumamente favorable en su economía, basada tanto en el comercio —era la principal zona de cambio para el comercio mediterráneo, especialmente de trigo (así lo define Rostovtzeff *HSEMH* II p. 731)— como en su calidad de centro más importante de banca en el mundo helenístico.

Sin embargo, tal panorámica iba a deteriorarse rápidamente. A ello contribuirían la confrontación de intereses con Pérgamo, el estado minorasiático más fuerte después de Apamea, cuyo dominio sobre los Estrechos perjudicaba a Rodas. Por otro lado, hubo un despertar de la hostilidad de ésta hacia Roma, motivada por la conjunción de una serie de factores, no fáciles de establecer claramente. A su vez, el apoyo romano a Rodas dejó de hacerse efectivo, debido probablemente a que ya no les era útil, es decir, había perdido interés como instrumento para extender la influencia romana. Ello se hizo manifiesto en ocasión del conflicto entre rodios y licios. Éstos se insurreccionaron contra el dominio rodio pocos años después de Apamea, de forma que sólo pudo Rodas reducirlos con ayuda del ejército pergameno (181-180). Una embajada licia fue despachada ante el Senado romano para protestar de esta condición de sometimiento. La respuesta fue contraria a Rodas: Licia sería su aliada, no su súbdita.

Este desprecio romano quizá fue el medio de hacer ver a los rodios la desconfianza de la Urbe hacia la política que entonces estaban propugnando, a saber, su acercamiento a Macedonia y a los Seleúcidas. No hay que olvidar que la posición disfrutada por Rodas desde el S. III estaba basada en la existencia del equilibrio de potencias en el Mediterráneo oriental. Vería, por ello, la necesidad de, para mantenerse en dicha situación, proseguir esta línea de apertura a los poderes operativos en aquella área. Así, en vísperas del conflicto con Perseo, en Rodas existían ciertas simpatías por la causa macedonia, por más que en última instancia el estado rodio se decantara por Roma. Pero era ya demasiado tarde. Otro desplante romano lo demostró: los

contingentes navales rodios, enviados a comienzos del 171 para engrosar la flota romana, fueron despedidos. Por lo demás, el comportamiento rodio en la tercera guerra macedónica fue ambiguo, pues habida cuenta de sus intereses comerciales, los rodios pretendieron entenderse con ambas partes, hecho que no pasó inadvertido a los ojos romanos. Sus consecuencias negativas se verían enseguida: en 167 el Senado exigió a Rodas la retirada de las regiones de Caria y Licia, ambas declaradas entonces libres, además de otros enclaves sometidos sin el apoyo romano. Sólo aceptadas todas estas claúsulas pudo el estado rodio obtener la alianza romana en 165. Además Roma, dos años antes, en 167, había adoptado otra medida que habría de perjudicar seriamente la economía rodia: la declaración de Delos como puerto franco. La conjunción de esta serie de factores determinaría el ocaso político y económico de Rodas.

No obstante, aun habiendo pasado a ser una potencia de importancia secundaria continuó desempeñando a escala necesariamente reducida su papel tradicional de policía del mar. Pero ya no tenía su fortaleza anterior, como quedó patente al no poder eliminar la piratería cretense, pese a haberse empeñado en un conflicto armado contra los piratas que sólo pudo acabarse tras el envío por Roma de una misión diplomática.

Más grave todavía fue, no obstante, el resurgimiento de las actividades piráticas en las costas anatólicas de Licia a Cilicia, que llegó a hacer peligrar seriamente las comunicaciones marítimas intermediterráneas. Mientras los intereses romanos no fueron afectados por ella, Roma no intervino. Esto se produjo por vez primera el año 102 en una expedición dirigida por M. Antonio, en que participaron también rodios y bizantinos. La victoria obtenida no abocó a una solución del problema, como tampoco lo hizo *una lex piratica (SEG* I n.º 161) promulgada quizá el año 100 en la que se invitaba a las diferentes fuerzas políticas presentes en el Mediterráneo oriental a tomar parte en acciones contra la piratería. Solo la definitiva acción de Pompeyo lograría acabar, décadas más tarde, con este fenómeno, endémico en tales zonas.

2. El apogeo de la monarquía póntica

Hemos visto anteriormente cómo Farnaces I comenzó una expansión territorial de su reino que, sin embargo, no sería continuada por su sucesor más inmediato. Mitrídates V, empero, prosiguió esta política expansionista en Anatolia. Su ayuda a Roma en el conflicto contra Aristónico le valió la adjudicación a su territorio de una parte de Frigia, (sería un dominio breve, pues, una vez muerto el rey, fue retomada por Roma) a la par que se erigió en heredero de Paflagonia y casaba a su hija Laódice con Ariarates VI de Capadocia. Asesinado en 120, su testamento dejó el reino repartido entre sus dos hijos, todavía menores, regentados por la reina madre.

a) La obra de Mitrídates VI

El reinado personal de este monarca debió ir precedido por el asesinato de su madre y hermano, que lo situaron en el trono hacia los veinte años. Su personalidad marcaría toda una época.

Los comienzos de su mandato estuvieron marcados por lo que sería la característica más sobresaliente de su política: el expansionismo.

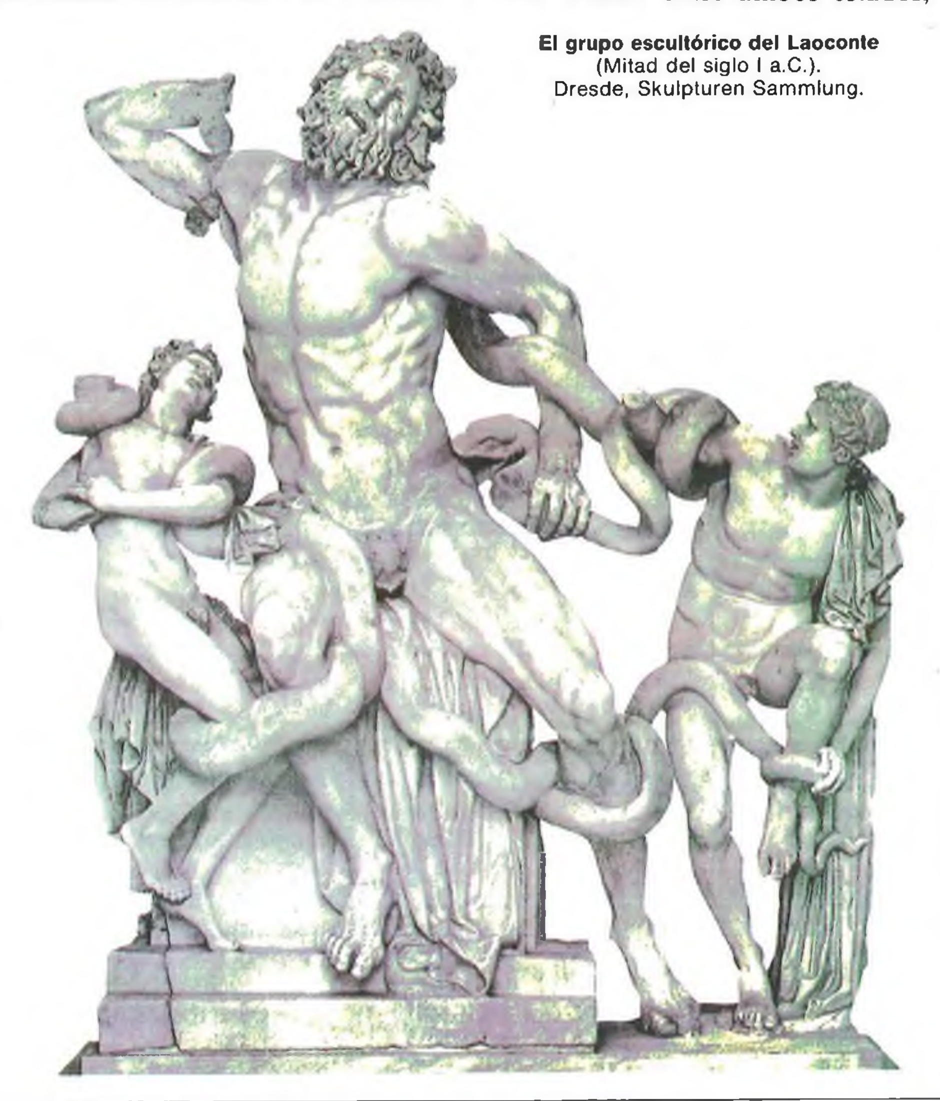
Hacia el 110 intervino ya en favor de los griegos establecidos en las regiones septentrionales del Ponto Euxino, cuya situación había ido deteriorándose ante la presión cada vez más acusada de los sármatas, que, apoyados por algunas tribus escitas,

habían impuesto su protectorado a Olbia. Los intentos de éstos contra el Quersoneso y Bósforo Cimerio provocaron la petición de auxilio de ambos a Mitrídates VI. Su intervención, finalizada con éxito, conllevó la anexión al reino póntico de esos territorios, constituyendo la provincia de Crimea con capital en Panticapeo. Los recursos susceptibles de obtenerse de ella eran enormes.

Posteriormente prosiguió sus acciones más hacia el Este con objeto de extender su autoridad en las zonas ribereñas del Mar Negro. Aunque logró efectuar sus planes, el dominio sobre la Cólquide y la Armenia Menor, o Pequeña Armenia, nunca estuvo bien asentado.

b) Las guerras entre Mitrídates y Roma

La causa de esta serie de guerras no es otra que las pretensiones albergadas por el rey póntico a imponer su autoridad sobre Asia Menor. El conflicto abierto entre ambos estados,



El grupo escultórico del Laoconte
(Mitad del siglo I a.C.).
Dresde, Skulpturen Sammlung.

Formación y extensión del reino del Ponto y otros pueblos de la región

Mitrídates Eupator se hizo a sí mismo rey del Ponto y puso por frontera al río Halis hasta el país de los tibaranos y armenios, y por la zona interior al río hasta Amastris y ciertas partes de Paflagonia. Consiguió también para él la región costera hacia el Occidente hasta Heraclea, ciudad natal de Heraclides, el filósofo platónico; en la dirección opuesta se apoderó de toda la zona costera hasta la Cólquide y Armenia Menor, a la que luego añadió tambíen el Ponto. Así estaba constituido el reino cuando Pompeyo lo conquistó destronando a Mitrídates. Las zonas de Armenia y la Cólquide las dividió Pompeyo entre los dinastas que habían combatido a su lado. El resto lo repartió en once distritos que añadió a Bitinia, de modo que del conjunto de ambas zonas resultase una única provincia. Concedió a los descendientes de Pilamenes el título de rey sobre parte de los paflagonios que habitaban las tierras del interior y mantuvo a los tetrarcas hereditarios al frente de los gálatas. Posteriormente, los gobernadores romanos efectuaron muchas otras divisiones, estableciendo reyes y dinastas, liberando a unas ciudades y entregando otras a diversos potentados o, finalmente, dejándolas sujetas al pueblo romano.

Ahora nos toca hablar de estas regiones una por una en su situación actual, a la vez que, cuando sea necesario, tocaremos ligeramente la época anterior. Comenzaremos por Heraclea, que es la más occidental de todos estos lugares.

Cuando se navega hacia el Mar Negro desde la Propóntide encontramos a la izquierda la región que linda con Bizancio (que pertenece a los tracios y es llamada la «zona izquierda» del Ponto); a la derecha, la que está junto a Calcedonia. De ésta, la parte primera pertenece a los bitinios; la siguiente a los mariandinos (a los que algunos llaman caucones); la siguiente, a los paflagonios hasta el río Halis y la ulterior a la Capadocia póntica y a los habitantes que siguen a continuación hasta la Cólquide. Toda esta zona se llama la «derecha» del Mar Negro. Eupator reinaba sobre toda esta zona costera comenzando desde la Cólquide hasta Heraclea, pero las regiones posteriores hasta la desembocadura y Calcedonia permanecieron bajo los reyes de Bitinia. Mas cuando éstos fueron derrotados, mantuvieron los romanos las mismas fronteras, de modo que Heraclea fue añadida al Ponto y la zona posterior, a los bitinios.

Respecto a los bitinios, la mayoría está de acuerdo en que eran antiguamente misios, pero que recibieron el nuevo nombre de los tracios (los tracios bitinios y tinios) que los colonizaron. Aducen como prueba, que ciertos miembros de esta raza que habitan entre los tracios reciben el nombre de bitinios; y respecto a los tinios, que la costa cercana a Apolonia y Salmideso se llama Tinia. Y yo supongo que los bébrices, que habitaron anteriormente esta zona eran también tracios. Se afirma también que los misios son colonos de los tracios hoy llamados mesios. Esto es lo que se dice de este pueblo.

Pero todos no afirman lo mismo respecto a los mariandinos y los caucones. Pues dicen que Heraclea estaba asentada en la región de los mariandinos y que fue fundada por los milesios, pero nada se sabe de quiénes son o de dónde vienen, ni aparece ninguna diferencia dialectal ni étnica respecto a los bitinios. Por consiguiente, es lógico suponer que esta tribu de Heraclea pertenece también a los tracios.

(Estrabón, *Geografía* XII,3,1-4)

cuyo estallido se sitúa en el año 89-88, tuvo un largo prólogo. Durante casi veinte años, Mitrídates emprendió una serie de acciones de diferente sesgo —bélicas, diplomáticas, etc.— encaminadas a impedir obstáculos en la consecución de su objetivo final. Los destinatarios eran todos aquellos pueblos presumiblemente interesados en el florecimiento del poderío póntico: Bitinia, Paflagonia, Galacia o Capadocia. En todo caso, Roma sobre cuya provincia asiática recaía la amenaza mitridática, atravesaba un período de conflictos internos y externos —cimbrios y teutones, Jugurta, etc.— que paralizaba su acción directa en el Mediterráneo oriental. Mitrídates pretendió sacar partido de esta situación.

Teóricamente, estaban junto al mo-

narca póntico en esta guerra contra Roma y sus aliados asiáticos —Nicomedes de Bitinia y Ariobarzanes de Capadocia— todos aquellos estados opuestos a la preponderancia romana: Seleúcidas, Lágidas, Tigranes de Armenia y los partos. Pero la realidad es que ninguno le prestó un apoyo efectivo. Sólo lo hicieron los piratas y la población de Asia, cuya explotación a través de los publicanos, hizo de Mitrídates el redentor de sus desgracias.

El avance mitridático fue fulgurante al principio. Los comandantes romanos, vencidos, abandonaron Asia Menor de suerte que el occidente de Anatolia cayó en poder de Mitrídates. Instalado en Éfeso ordenó la matanza de los romanos residentes en la provincia: 80.000 personas fueron ejecutadas sin distinción de sexo ni edad (App. *Mithr.* 17-29; Diod. *XXXVII* 26-8). Los bienes de estas familias pasaron a engrosar sus arcas, pudiendo, por ello, decretar una exención de impuestos durante cinco años.

Tras una tentativa fallida de apoderarse por la fuerza de Rodas, que no quiso unirse a Mitrídates, éste amplió a Europa su campo de operaciones. Desde Tracia su ejército se dirigió a Grecia donde la población se le adhirió igualmente. En Delos se produjo una nueva matanza de los itálicos allí establecidos. La obra de Roma en el Mediterráneo oriental aparecía cuestionada.

La respuesta no se hizo esperar. Sila en persona fue a Grecia con un ejército muy inferior numéricamente al póntico, pero mucho más disciplinado y tácticamente superior. Una campaña, ciertamente muy cruel pero eficaz, recondujo los asuntos en Europa de manera positiva para los intereses romanos.

Antre los éxitos de Roma, la población de Asia Menor comenzó a retirar su adhesión al monarca póntico. Los efesios fueron los protagonistas de la primera sublevación, imitada por otras comunidades, pero Mitrídates respondió con una serie de medidas demagógicas para captarse la voluntad de los menos favorecidos. De todos modos, percibiendo el peligro, el rey póntico ordenó entablar conversaciones con Sila.

Paralelamente a estas acciones, en Roma se desarrollaba un nuevo capítulo de la guerra civil, cuyo protagonista era Mario. Asentado allí en el poder supremo, asumió igualmente la dirección de la guerra mitridática, entrando así en conflicto con Sila. Su muerte le impidió, sin embargo, llevarlo a efecto. Al final, tras el asesinato de su sucesor en este mandato L. Valerio Flaco, el ejecutor de éste se hizo cargo de las operaciones en las que derrotó a las tropas pónticas. Sila, contra quien se dirigía también Fimbria, sacó partido, sin embargo, del retroceso de las fuerzas mitridáticas, firmándose la paz de Dárdano en el 85. El rey póntico se comprometía a evacuar las conquistas en Asia Menor realizadas desde el año 88 (se restablecía así a Nicomedes y Ariobarzanes en sus reinos respectivos de Bitinia y Capadocia) así como a entregar parte de su flota, a pagar una indemnización de guerra y algunas otras disposiciones secundarias. Dicho tratado, no obstante, no sería ratificado por el Senado. Sila, por los sucesos políticos acaecidos en Roma tras su marcha a Grecia, era jurídicamente, un proscrito, un fuera de la ley.

Los años siguientes estuvieron consagrados por Sila a una reorganización de Asia, regularizando la situación de ciudades y regiones según la actitud adoptada ante Mitrídates. A la par era urgente acabar con la piratería que al socaire de su apoyo al rey póntico se había multiplicado enormemente. Así, en 74, se determinó la creación de un mando de ámbito marítimo dotado de *imperium infinitum* que otorgaba autoridad sobre las regiones litorales de todas las provin-

cias. También en esta misma fecha recibió Roma una importante herencia: la del reino de Nicomedes IV de Bitinia, muerto sin herederos.

La ocasión fue aprovechada por Mitrídates para invadir esta nueva provincia romana a comienzos del año 73. Los esfuerzos y la prudencia de Lúculo lograron contener al rey póntico en aquella región, manteniendo a las demás fuera del alcance de sus tropas. Posteriormente prosiguió sus acciones contra aquel, forzándolo a abandonar Bitinia e invadiendo el Ponto. Persiguiendo a Mitrídates, Lúculo fue vencido por su caballería y colocado en una situación realmente difícil de la que pudo salir airoso gracias a la inesperada retirada de Mitrídates a Armenia. Tras ello, en los años 71 y 70 el general romano se ocupó en tareas administrativas, reorganizando la nueva provincia del Ponto.

Lúculo emprendió en el 69 la persecución de Mitrídates. Penetrando hasta Tigranocerta, el rey armenio fue vencido, hundiéndose con su derrota el imperio sirio-mesopotámico creado por Tigranes. Los dirigentes de todas aquellas regiones se pusieron rápidamente bajo la autoridad y protección de Roma. Antíoco XIII, hijo de Cleopatra Selene, se instaló bajo los auspicios de Lúculo en Antioquía.

Al año siguiente Lúculo opta por penetrar en Armenia con intención de lograr la captura del rey póntico. Pero se producen entonces dos hechos decisivos: Tigranes envió a Mitrídates al Ponto con un pequeño ejército y las legiones romanas se negaron a proseguir avanzando. A la par, la propia dinámica interna de la política romana minó la efectividad de Lúculo: sus éxitos eran demasiado aparentes para sus oponentes políticos. Su caída estaba decidida. Mientras, Mitrídates fue fervorosamente acogido por la población de su reino y las tropas romanas allí acantonadas pedían socorros urgentes, Lúculo era progresivamente desposeído del mando de las provincias. Pompeyo ocuparía su lugar, pero con poderes todavía más acrecentados, conferidos por una *lex Gabinia* en el año 67.

3. Pompeyo y el fin del Asia Menor helenística

Las acciones de Pompeyo se caracterizaron por la rapidez y coordinación de sus movimientos, de suerte que demostraron una efectividad sin precedentes. Culminaron en la batalla de Coracesio, en las costas cilicias, seguida de un comportamiento benévolo por parte de Pompeyo hacia los vencidos, a los que aplicó una serie de medidas políticas como su asentamiento en ciudades, repoblamiento de otras, etc.

Cumplido este importante objetivo, Pompeyo decidió poner fin a las actividades de Mitrídates para lo cual emprendió una campaña contra su reino en el 66, que constriñó al monarca a la huida, abandonando así el Ponto al general romano. Acorralado aquél en Crimea, intentó negociar con Pompeyo, pero ante el fracaso de tal tentativa, abandonado por todos, Mitrídates en el 63 ordenó a un mercenario su propia muerte.

De todos modos, la situación política de Asia Menor se había regularizado ya desde el año 65. Las antiguas monarquías habían desaparecido. Su lugar era ocupado por las provincias romanas de Asia, Cilica, Bitinia y el Ponto. Junto a ellos subsistían los reinos clientes de Roma, a saber, Capadocia, agrandado gracias a la fidelidad mantenida a la Urbe por su rey Ariobarzanes; los gálatas dirigidos por Deiotaro, al que se dio la titulación real, también con unos territorios ampliados; dos dinastas, por fin, en el interior de Paflagonia pero gobernando sobre pequeñas zonas. El establecimiento de este nuevo orden político significaba, de hecho, el fin de la historia del Asia Menor helenística.



Cabeza, probablemente de Agasias, hijo de Doriteo. Hallada en Éfeso. (Hacia el 100 a.C.). Museo Nacional de Atenas.

VI. Economía y sociedad

Parece casi innecesario aclarar que Asia Menor, como hemos visto por todo lo anteriormente expuesto, no conformaba ninguna unidad política ni de cualquier otro orden, siendo así que es imposible analizar de manera uniforme las condiciones socioeconómicas reinantes allí. Dado que diferentes partes del territorio minorasiático estuvieron sometidas a otras potencias helenísticas, bien los Seleúcidas, bien los Lágidas, remitimos a los capítulos dedicados al estudio de los respectivos Imperios, pues participan de sus características. Por ello, vamos a ceñirnos en este capítulo a entidades políticas diferentes de las mencionadas. En Asia Menor son éstas, sobre todo las ciudades griegas, fundadas en el litoral con siglos de vida tras ellas y una brillante tradición económica y cultural; el reino de Pérgamo y las llamadas monarquías menores como Bitinia o el Ponto, sobre las cuales nuestra información es bastante deficiente.

1. Ciudades griegas

Respecto a las ciudades griegas, éstas no disfrutaban evidentemente de independencia política. Pero, englobadas bajo la autoridad de una u otra monarquía, cambiante según las circunstancias, su posesión era siempre ventajosa por variadas razones. En primer lugar por su situación estratégica dentro de la franja litoral minorasiática y sus conexiones de todo tipo con el continente griego, del que eran una prolongación brillante. Pero, por otro lado, interesaban los contactos que habían establecido con el interior de Anatolia, y aun con regiones más alejadas, a través de viejas rutas que desembocaban en dichas poleis. Por fin, su florecimiento cultural y económico con la presencia subsiguiente de un alto nivel de especialización, cuyos responsables podían ser utilizados en otros lugares fuera de sus ciudades.

Ya hemos mencionado que acostumbradas a vivir con independencia soportaban mal cualquier tipo de dominación. Los distintos monarcas helenísticos, conscientes de esta realidad, jugaron la baza de la libertad política y de la autonomía en sus relaciones con las ciudades griegas. Las declaraciones en este sentido eran más bien teóricas, pues nunca consintieron en una independencia total, sino tan sólo a nivel interno —conservaban su propias constitución y leyes— y aun en este aspecto con diferencias entre unas u otras según distintas consideraciones. Así pues, no existía un estatuto jurídico único para definir las relaciones de estas *poleis* con los reyes, sino una amplia gama. En todo caso, desde el punto de vista fiscal, las ciudades estaban obligadas al pago de impuestos, el *phoros*, expre-

sión indudable de sumisión al rey, del que sólo por privilegio especial de éste quedaban exonerados. Además, los ciudadanos estaban constreñidos al pago de las distintas clases de impuestos reales.

Las ciudades tenían adscrita una zona agrícola de extensión variable. Esta *chora politike* conocía, asimismo, un régimen de tenencia y explotación vario. Había propiedades particulares, denominadas generalmente *ktemata,* cuya posesión ser reservaba a los ciudadanos, pues el derecho de propiedad de la tierra era inherente al pleno disfrute de los derechos de ciudadanía. Los propietarios podían explotarla bien directamente, con ayuda suplementaria de esclavos o jornaleros, o bien arrendarla. Fuera de estas propiedades particulares, el resto del territorio era de la ciudad en su conjunto. También las formas de administración eran distintas. Normalmente se concedían a arrendatarios a cambio del pago de una cantidad, o parte de la cosecha, estipulada en el correspondiente contrato.

Pero en otras ocasiones, la *chora* de algunas ciudades conservaban población indígena, allí establecida desde épocas anteriores a la colonización. Hacia éstos la política seguida fue o someterlos o respetarlos, permitiéndoles habitar en sus territorios y desarrollar una vida más o menos independiente a nivel interno, a cambio siempre del pago de un tributo. En este segundo supuesto, se trataba normalmente de las zonas montañosas, más pobres e inaccesibles, mientras que los habitantes de las fértiles llanuras fluviales, en general ubicados en el occidente anatólico, fueron sometidos por la fuerza, pasando a tener una situación de dependencia respecto a las ciudades griegas. Tales situaciones no son privativas de Asia Menor, sino que se presentan en otras partes del mundo griego, donde el ejemplo mejor conocido es el de Esparta. En Anatolia se encuentran testimoniados en época helenística los casos de Heraclea Póntica, Zela, Cícico, Priene y Bizancio. En cada uno de ellos la condición de dependencia básica podía estar matizada en sentido más o menos favorable a dichos pueblos. Así, por ejemplo, los Mariandinos sometidos a Heraclea Póntica, cuyo origen era probablemente tracio, tenían una situación parangonable a la de los hitolas espartanos y a los *laoi basilikoi*, pero con la posibilidad de ser vendidos dentro de los límites de su territorio (Estrabón XVII 3,4), derecho no reconocido en ningún otro caso de poblaciones dependientes de las ciudades griegas. Sin embargo, los frigios dependientes de Zela y Cícico tenían autonomía y libertad personal, pero debían pagar a sus respectivas ciudades un *phoros* por su derecho a cultivar y habitar la porción de territorio público en la que estaban asentados. Pero incluso entre estas poblaciones había diferencias. Conocemos un caso de Zela donde a un benefactor público le había sido concedida una porción de *ge demosia,* tierra pública, sobre la que vivían campesinos no libres, presumiblemente frigios indígenas. En este caso el *estatus* de tales individuos correría parejo al de los *laoi,* menos favorable, por tanto, que el disfrutado por los anteriores.

Priene y Magnesia tenían una parte de su *chora* en el valle del Meandro ocupada por los Pedieos, estando prohibido de manera expresa su usurpación por parte de los ciudadanos. Vivían en un área acotada para ellos en unas condiciones probablemente similares a la de los frigios en relación a Zela y Cícico, es decir, con cierto grado de autonomía y libertad personal —no total, por supuesto— dentro de su propio ámbito. El descontento latente entre esta clase de población se manifestó en ocasiones de manera violenta. Sabemos, en efecto, de los conflictos entre Priene y los Pedieos, ayudados éstos por Magne-



Asia Menor Helenística

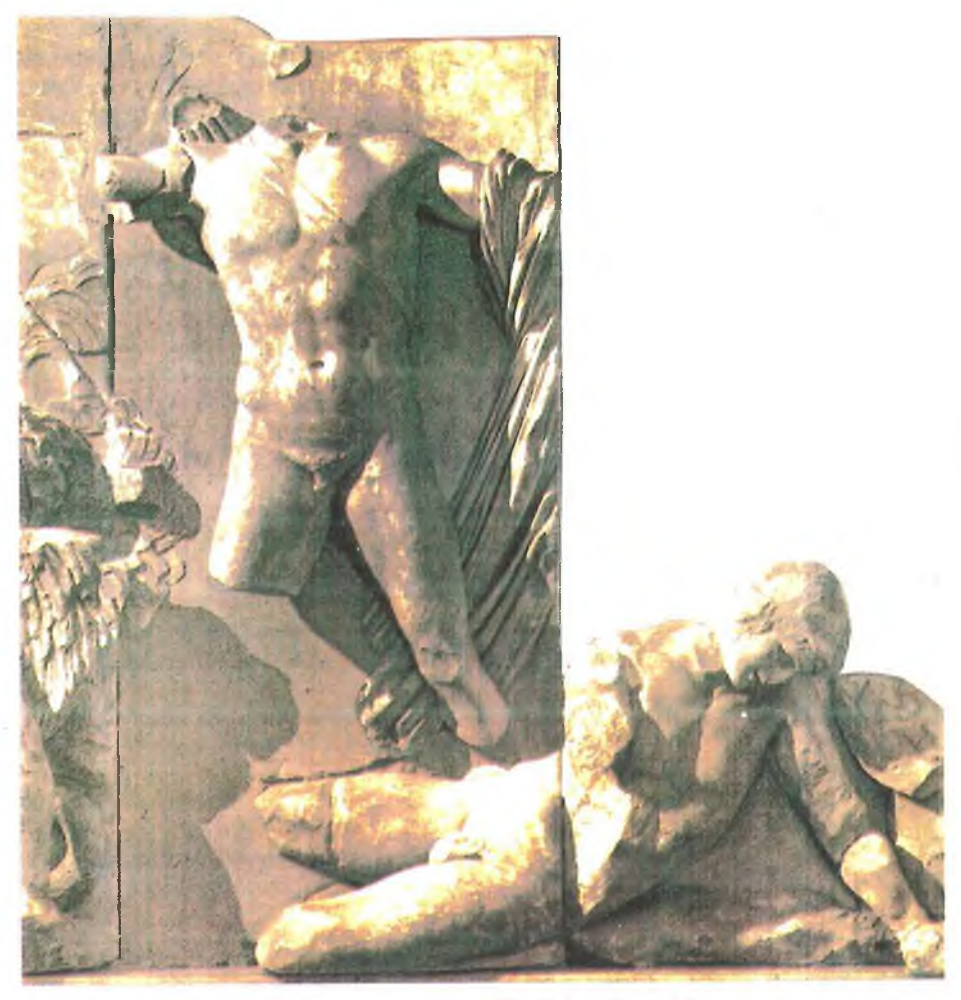
sia, interesada en perjudicar a su vecina y rival Priene (veánse las inscripciones donde se hace mención de dichos conflictos: Welles, *Royal Correspondance* n.º 6: carta de Lisímaco a los prienenses del año 285; n.º 8: decreto del mismo rey acerca de Priene y Magnesia). El último documento es interesante porque permite comprobar la posibilidad de promoción social, gracias al favor real, pasando de simples *laoi* a paroicos.

En todo caso, las ciudades minorasiáticas más importantes como Mileto, Esmirna, Éfeso, etc. obtenían la mayor parte de sus ingresos no de la tierra, sino a través del comercio de tránsito, derivado de sus relaciones con Siria y por mediación de ésta con India, Persia y Arabia. Pero estas ciudades y otras igualmente ricas e influyentes sufrieron enormemente en la prolongada lucha entre los reyes helenísticos, por no hablar ya de las calamidades ocasionadas, por ejemplo, por la invasión de los galos con sus secuelas de saqueos, robos y demás o, las incursiones piráticas. Por otra parte, el caer bajo autoridad de Ptolomeos o Seleúcidas tenía sus repercusiones económicas no sólo bajo forma de impuestos u otros gravámenes exigidos, sino por lo que significaba de apertura o cerrazón de determinados ámbitos a las corrientes comerciales que desembocaban en estas *poleis* del litoral minorasiático.

El vigor económico de las ciudades griegas en época helenística puede ejemplificarse a través de los casos mejor conocidos de Rodas o Alejandría. Ésta es un caso aparte dentro del

mundo egipcio y no lo vamos a considerar. De Rodas ya hemos mencionado su importancia para el comercio de trigo en el Egeo y con el mundo póntico, cómo luchó tanto a nivel diplomático como al puramente bélico por mantener la libertad de tránsito en los Estrechos, y de su papel en calidad de policía del mar. Todo ello proporcionó a la ciudad un enorme florecimiento económico por los derechos portuarios que se cobraban de las mercancías comercializadas por ella o pasaban por su puerto, punto de referencia, a su vez, para su poderosa banca.

Por lo demás, la estructura social de las ciudades era más compleja que la existente en el ámbito rural. Los ciudadanos de pleno derecho conformaban una importante parte de su población, en manos de los cuales recaían las magistraturas y otros cargos políticos, judiciales o religiosos, pro-



Apolo y un enemigo caído. Bajorrelieve del friso del Altar de Pérgamo (Hacia el 180-160 a.C.). Pergamon Museum, Berlín.

pios del gobierno de toda ciudad. Sus actividades económicas eran variadas de acuerdo con el propio carácter de la *polis* en cuestión: comercio, industrias de toda clase, agricultura, etc. Pero junto a ellos existía una abultada masa de gente desprovista de la plenitud de derechos ciudadanos, agrupados bajo distintas denominaciones, que reflejan la gama de situaciones posibles cuyos matices no siempre son claros. Las posibilidades de alcanzar la ciudadanía plena, abiertas teóricamente a todos los grupos, eran mayores para los mejor situados económicamente, pues las muestras de generosidad hacia la ciudad, especialmente en situaciones difíciles, podían ser recompensadas con la concesión de los derechos ciudadanos totales. Existen abundantes testimonios de ello en las inscripciones de las distintas ciudades minorasiáticas. Ello podía ser realizado igualmente por los ciudadanos e incluso por los mismos reyes. Constituye, en efecto, una forma de «evergetismo» o beneficencia, desarrollado desde época clásica, que procuraba a las ciudades no sólo ayuda en momentos difíciles de hambre, etc. sino que contribuía al embellecimiento y magnificencia de la ciudad mediante la construcción de edificaciones de toda clase, pórticos, gimnasios, etc. a cargo del «evergeta», auténtico mecenas del mundo ciudadano griego. La promoción o el ascenso a ciudadanos de grupos sociales enteros solía acaecer tan sólo en ocasiones muy específicas (caso de Pérgamo tras la muerte de Átalo III), siendo más frecuentes en momentos de guerra, por ejemplo Éfeso en su enfrentamiento con Mitrídates.

El reparto de la riqueza era muy desigual. La mayoría de la población tenía una economía de subsistencia, meramente ocupada en actividades laborales diversas por las que recibía un salario normalmente bajo. Pero junto a ellos, encontramos ejemplos de individuos con grandes disposiciones económicas. Los «evergetas» a que hemos aludido antes pueden proporcionarnos una idea de estas enormes diferencias sociales y económicas en el seno de las mismas ciudades (*Cf.:* por ejemplo *SEG* I 366 a propósito de un tal Bulágoras de Samos).

Aspecto relevante en la economía ciudadana es la fiscalidad. Pero tampoco existía un modelo uniforme en todas las ciudades. Ya hemos hablado de la percepción de un *phoros* por el cultivo de la tierra pública y de otras cantidades en concepto de arriendo de ésta. Además, existían impuestos aduaneros, sobre transacciones comerciales, etc. Además, aparte de estas tasas ordinarias, había contribuciones de carácter extraordinario bien ingresados de manera voluntaria —así la *epidosis*— o de obligado cumplimiento en momentos especiales como la *eisphora*. Sobre las aportaciones de los reyes ya hemos hablado. Su efecto no fue, de todos modos, positivo, por cuanto produjo cierto estancamiento económico al no forzar un mayor desarrollo de la industria o los intercambios comerciales, sino que recurrían directamente al favor del rey o del evergeta.

El capítulo de gastos era también cuantioso en las ciudades. Aparte de los cargos remunerados y de los servicios públicos, asumidos a su vez por los ciudadanos en forma de *liturgias*, las *poleis* debían hacer frente a diferentes tributos debidos a los reyes de acuerdo con el esquema tributario de las diferentes monarquías.

2. Reino de Pérgamo

Como hemos visto al hablar de esta unidad política, su nacimiento fue posterior al de las grandes monarquías helenísticas. Partiendo de un territorio reducido, centrado fundamentalmente en torno al valle del Caico y teniendo como núcleo indiscutible la inexpugnable ciudad de Pérgamo, fue agrandando su ámbito

territorial hasta alcanzar, tras la paz de Apamea, su máxima extensión.

Sobre su organización social y económica pocas diferencias pueden establecerse respecto a los Seleúcidas de cuyo Imperio surgieron desgajándose, si bien parece que, al independizarse, tuvieron más en cuenta el modelo ptolemaico que el seleúcida. De todas formas, pueden considerarse las siguientes divisiones: las ciudades griegas, colonias militares, propiedades de los templos, territorios donde habitaban tribus autóctonas semiindependientes, y el resto de la *chora*. Ésta, como en los demás reinos, era propiedad real, susceptible de ser arrendada, donada, vendida o explotada directamente, por lo cual no vamos a extendernos sobre las diferentes formas, ya consideradas en otros capítulos a propósito de Seleúcidas o Lágidas. Lo mismo puede decirse respecto a los campesinos reales o *laoi basilikoi*.

Sin embargo, la actitud de los Atálidas respecto a la *chora basilike* parece haber tendido hacia un control directo por parte de la corona, lo que contrasta con la política propugnada en este sentido por los Seleúcidas más propensos a dejarla en manos de otros. Quizá la diferente extensión de la tierra real dentro de ambos reinos justificaría la política de unos y otros.

Aparte de la tierra y de los gravámenes sobre ella, la dinastía pergamena se esforzó por conseguir una economía saneada. Se obtenía a base de una explotación agrícola racional y planificada, sobre la que nos faltan datos, pero también de la industria. Puede mencionarse a este propósito algunas de las ramas industriales de mayor fama, como la textil, especialmente de lana, que producía las conocidas *aulaea*, cortinas, o los tejidos denominados *vestes attalicae*, brocado bordado en oro. También estimularon la producción del pergamino, destinada a competir con el papiro egipcio. De todo esto, los reyes obtendrían pingües beneficios tras su comercialización, pues el comercio era en efecto, un aspecto de la mayor importancia dentro de la economía real, tanto por los impuestos derivados del intercambio como por la posibilidad de dar salida a los productos pergamenos y obtener otros, necesarios o de lujo, procedentes de otras regiones.

Por lo demás, la estructura sociológica del reino pergameno es heterogénea, con unos componentes similares a los que pudieran existir en otras monarquías helenísticas, sobre todo tras la paz de Apamea. Hay estudiosos que opinan que los Atálidas fueron más respetuosos hacia las poblaciones indígenas que sus predecesores seleúcidas, promocionando incluso una mayor fusión con ellos (así E.V. Hansen, *The Attalids of Pergamon* p. 184 s.). Lo que sí es claro fue su filohelenismo, ampliamente demostrado en multitud de ocasiones a lo largo del período atálida, pero su acercamiento hacia las poblaciones indígenas no aparece, sin embargo, suficientemente probado. Es más, la reacción de éstas y el eco que el llamamiento de Aristónico tuvo entre ellas más bien avalan la existencia de un descontento que pretendió remediarse con la sublevación.

3. Las monarquías menores

a) Bitinia

Vecino y rival de Pérgamo, era el reino de Bitinia. Sus vicisitudes históricas han sido tratadas ya. Su territorio, rico en bosques y en yacimientos minerales, presenta una contraposición clara entre las zonas interiores, pobladas por tracios habitantes en aldeas, y el litoral, ocupado por griegos desde la época de la gran colonización, a consecuencia de la cual se fundaron ciudades como Bizancio, Cíos, Ástaco, Heraclea Póntica, etc.

Una vez que el reino se extendió hacia la costa, el proceso de helenización se aceleró, a la par que las ciudades griegas allí establecidas pasaron a estar bien bajo dependencia política bitinia o bien en relaciones de diferente clase con los reyes bitinios. Pero, aparte de esta *poleis* de rancia raigambre griega, preexistentes por tanto, al propio reino de Bitinia, los monarcas propugnaron algunas fundaciones urbanas nuevas como Nicea, Nicomedia en el emplazamiento de la destruida Ástaco, Prusa, etc. Hacia todas ellas la política de los reyes parece haber tendido a un marcado intervencionismo.

Sobre la administración del territorio sabemos muy poco. Fuera del poseído por las ciudades, el resto, es decir el interior, era, al parecer, propiedad del rey. Esto se ha deducido a partir de una cita de Cicerón (*De lege agraria* II, 19,02) en la que se nos habla *de agri Bithyniae regii*. Si esta *chora basilike* era del mismo carácter que el de otros reinos helenísticos no podemos saberlo con certeza, aunque la respuesta sea probablemente afirmativa.

Tampoco tenemos noticias sobre otros rasgos económicos o sociales. Sabemos de sus riquezas naturales, cuya comercialización impulsaron los reyes, pero poco más puede decirse.

Por lo demás, la dinastía reinante llevó a cabo una política filohelénica, rasgo éste que se aprecia de manera especial a través de las ofrendas a los grandes santuarios panhelénicos, medida tradicional de propaganda política. El objetivo no era sino darse a conocer en el mundo griego, rompiendo ese aislamiento que la propia geografía determinaba.



Atenea luchando con Alcioneo. Bajorrelieve del friso del Altar de Pérgamo
(Hacia el 180-160 a.C.).
Pergamon Museum, Berlín.

b) Ponto

Hablaremos por último brevemente de otra de las monarquías, activas en época helenística, sobre todo en su parte final, el Ponto. Nuestra información en torno a las condiciones de vida en dicho reino es algo mejor que la que poseemos para Bitinia, gracias entre otros factores al origen póntico de Estrabón. A él debemos la mejor descripción sobre esta zona.

Encontramos en este reino el mismo dualismo mencionado a propósito de Bitinia, entre las ciudades costeras y el interior del territorio. Las primeras —Trapezunte, Sínope, Amiso, etc., más la helenística Amastris y otras— eran poleis griegas de larga vida ya, pues su fundación se remonta a la época de la colonización. Los griegos llegaron allí atraídos por las posibilidades económicas que la región ofrecía, pues era conocida desde antiguo la riqueza minera de su parte oriental, sobre todo de hierro, pero tambien de cobre y plata. Y, en efecto, el comercio de dichos metales constituía la base del florecimiento económico de estas ciudades. Pero aparte del subsuelo, la agricultura era próspera en los valles de los ríos, gracias a un clima suave que propiciaba diversos cultivos hortofrutícolas, mientras las zonas altas eran propicias al desarrollo ganadero. En todo caso, las *poleis* griegas y los habitantes del interior estuvieron durante siglos coexistiendo sin influirse para nada.

Así las cosas, la estructura política y socioeconómica de ambas áreas pónticas era distinta. La de las ciudades participaba de los mismos rasgos que ya hemos comentado a propósito de agrupaciones urbanas minorasiáticas y no vamos por ello a repetirlos.

El interior, sin embargo, tenía características propias que le diferenciaban totalmente de los establecimientos costeros. Su tradición histórica era la responsable de ello, pues hititas primero, persas después, dejaron allí su impronta, especialmente los segundos. En efecto, la población irania conservo unas estructuras y unos hábitos que nunca llegaron a desaparecer totalmente ni durante el Helenismo ni con los romanos, sino que se mantuvieron bastante intactas adaptándose tan solo en lo que era imprescindible.

De acuerdo con tales tradiciones, el rey era señor absoluto del país dentro de una estructura aristocrática donde los nobles, en gran parte de origen iranio, tenían una gran prepotencia, disfrutando de la tenencia de grandes extensiones de tierras, concedidas por los reyes, dueños teóricos de las tierras del reino. Unos y otros vivían en lugares fortificados distribuidos por el país, cuya forma de habitat fundamental era la aldea, lugar de residencia de los campesinos. Estos serían de condición similar a la descrita para los *laoi*. Además de los reyes y los nobles, tambien los templos tenían importantes porciones de tierras. Su explotación y administración han sido expuestas anteriormente, sólo que en el Ponto sus estructuras permanecieron más intactas que en otras zonas de Anatolia.

La helenización del reino coincide con su apertura hacia la costa, una vez que la dinastía miatridática, firmemente establecida en el interior, se fue anexionando las ciudades griegas del litoral, proceso éste no completado hasta el 183 a.J., fecha de la conquista de Sínope, la ciudad póntica más poderosa y, por lo mismo, más tardía en caer bajo la autoridad real. La conquista de las ciudades y la de los distritos mineros dieron a los reyes pónticos una sólida base económica a sus aspiraciones políticas. De hecho, sería la última monarquía que intentó una hegemonía en Anatolia,. haciendo frente a la potencia que finalmente y no sin grandes esfuerzos logró doblegarla: Roma.

Bibliografía

I. Bibliografía general

Altheim, F.: *Alexander und Asien. Geschichte eines geistigen Erbes,* Tübingen 1953.

Weltgeschichte Asiens in griechischen Zeitalter, Halle 1947-8.

Bean, G.B.: *Kleinasien I.* Stuttgart 1969.

Bengtson, H.: «Über einige Gründen des Niedergans der hellenistischen Welt». *Hist. Jahrb.* LXXIV (1955) p. 30 ss.

Die Staatsverträge des Altertums I-II. Munich 1975 (2).

«Die Bedeutung der Eingeborenenbevölkerung in den hellenistischen Oststaaten». *Die Welt als Geschichte* 2. (1951) pp. 135 ss.

Bequignon, Y.: «La Grèce, Alexandre et le Monde hellénistique». *Histoire universelle, Encyclopédie de la Pleïade* I. pp. 701-811. Paris 1956.

Bickermann, E.: «Notes sur Polybe. I: Le statut des villes d'Asie après la paix d'Apamée». *REG* L (1937). pp. 217 ss.

«Alexandre le Grand et les villes d'Asie». *REG* (1934) pp. 346-374.

Blavatskaja, T.V.; Golubkova, E.S. y Pavlovskaja, A.I.: *Die Sklaverei in hellenistischen Staaten im 3-1 Jahrhundert v. Chr.* Wiesbaden 1972.

Bogaert, R.: *Banques et banquiers dans les cités grecques,* Leiden 1968.

Braunert, H.: «Hegemoniale Bestrebungen der hellenistischen Grossmächte in Politik und Wirtschaft». *Historia* XIII (1964) pp. 80 ss.

Das Mittelmeer in Politik und Wirtschaft der hellenistischen Zeit, Kiel 1967.

Briant, P.: «Remarques sur «laoi» et esclaves ruraux en Asie Mineure». *Actes du Colloque de 1971 sur l'Esclavage* (Annales Littéraires de l'Université de Besançon). Paris, 1973. pp. 93-133.

«Villages et communautés villageoises de l'Asie achéménide et hellénistique». *Journal of econ. and soc. History of the Orient,* 18 (1975) pp. 165-188.

Broughton, T.R.S.: «Stratoniceia und Aristonicus». *ClPh* XXIX (1934). pp. 252 ss.

Brunt, P.A.: «Sulla and the Asian publicans». *Latomus* XV (1956). pp. 17 ss.

Cardinali, G.: *Il regno di Pergamo,* Roma 1906.

«La morte de Attalo III e la rivolta de Aristonico». *Saggi di storia antica e di Archeologia offerti a G. Beloch.* Roma 1910.

Dumont, J. Chr.: «A propos d'Aristonicos». *Eirene* V (1966). pp. 189 ss.

Ehrenberg, V.: *The greek State,* Oxford 1960.

Habicht, Chr.: «Über die Kriege zwischen Pergamon und Bithynien». *Hermes* LXXXIV (1956) pp. 90 ss.

Hansen, E.V.: *The Attalids of Pergamon.* Cornell Univ. Press., Ithaca-London 1971.

Heichelheim, F.M.: *Wirtschaftliche Schwankungen der Zeit von Alexander bis Augustus.* Jena 1930.

Holleaux, M.: «La clause territoriale du traité d'Apamée». *Etudes* V, pp. 208 ss.

Hopp, J.: *Untersuchungen zur Geschichte der Letzten Attaliden,* Munich, 1977.

Klaffenbach, G.: «Die Nikephorien von Pergamon». *Mitt. d. DAI* III (1950) pp. 99 ss.

Kreissig, H.: «L'esclavage dans les villes d'Orient pendant la période hellénistique». *Actes du Colloque sur l'Esclavage* (Besancon, 1973). Paris 1975.

Launey, M.: *Recherches sur les armées hellénistiques.* Paris 1950.

Lozano, A.: *La esclavitud en Asia Menor helenística,* Oviedo 1980.

Magie, D.: *Roman Rule in Asia Minor.* Princeton 1950.

McShanne, R.B.: «The foreign Policy o the Attalids of Pergamon» *(Illinois Studies in the social Sciences* 53). Urbana 1964.

Meyer, Ern.: *Die Grenzen der hellenistischen Staaten in Kleinasien.* Zürich-Leipzig 1925.

Musti, D.: Aspetti dell'organizazione seleucidica in Asia Minore nel III sec.a. J. *PP* XX (1965) pp. 153-160.

Preaux, Cl.: «Institutions économiques et sociales des villes hellénistiques principalement en Orient». *Recueils de la Société Jean Bodin* VII. Bruselas 1955.

«Les villes hellénistiques principalement en Orient. Leurs institutions administratives et judiciaires». *Recueils de la Société Jean Bodin* VI. Bruselas 1954.

«Epoque hellénistique en» *Troisième Conférence internationale d'Histoire économique.* Munich 1965 (Paris 1968) pp. 41-74.

Rostovtzeff, M.: «Notes on the economic Policy of Pergamene Kings». *Anatolian Studies presented to Sir W.M. Ramsay,* Manchester 1923. pp. 375 ss.

Historia social y económica del Mundo Helenístico. Madrid 1967.

Schmitt, H.H.: *Staatsverträge des Altertums,* Bd. III. Munich 1969.

Untersuchungen zur Geschichte Antiochos des Grossen und seiner Zeit. Wies- baden 1964.

Internazionale Beziehungen zwischen den antiken Staaten. Colonia 1975.

«Rom und Rhodos. Geschichte ihrer politischen Beziehungen seit der ersten Berühung bis zum Aufgeben des Inselstaates im römischen Weltreich» *(Münchener Beiträge zur Papyrusforschung und antiken Rechtsgeschichte).* Munich 1957.

Seyrig, H.: «Monnaies hellénistiques». *RN* 6e serv. V (1963) pp. 40 ss.

Starr, C.G.: «Rhodos and Pergamon 201-0 B.C.». *ClPh* XXIII (1938) pp. 63 ss.

Tarn, W.W. y Griffith, G.T.: *La civilización helenística.* Méjico 1969.

Tibiletti, G.: «Roma and the ager pergamenus». *JRS* XLVII (1957) pp. 63 ss.

Tovar, A.; Marías, J.; Fernández Galiano, M. y D'Ors, A.: *Problemas del Mundo helenístico.* Madrid 1961.

Vavrinek, V.: *La révolte d'Aristonicos.* Praga 1957.

Vogt, J.: «Pergamon und Aristonikos». *Atti del terzo Congresso Internazionale di Epigraphia greca e latina* 1957 (Roma 1959) pp. 45 ss.

Will, E.: *Histoire politique du Monde hellénistique* III. Nancy 1966 (2.ª edición 1979).

«Trois quarts de siècle de recherches sur l'économie grecque antique». *Annales, Economies, Societés, Civilisations* (1954) pp. 7-22.

«Limites, possibilités et tâches de l'histoire économique et sociale du monde grec antique». *Etudes d'Archéologie* (París 1963) pp. 153-166.

II. Sobre las monarquías menores

Bitinia

Geyer, F.: «Nikomedes». *RE* XVII. 1 (1936), cols. 494 ss.

Habicht, Chr.: «Prusias I». *RE* XXIII. 1 (1957) cols. 1098 ss.

Reinacht, Th.: *Trois royaumes de l'Asie Mineure: Cappadoce, Bithynie, Pont.* París 1889.

Vitucci, G.: *Il regno di Bitinia.* Roma 1953.

Ponto

Danoff: *RE* Suppl. IX 1962, cols. 995 ss.

Geyer, F.: «Mithridates» *RE* XV. 2 (1932) cols. 2163 ss.

Reinach, Th.: *Mithridates Eupatôr, roi du Pont.* París 1890.

Sijpesteijn, P.J.: «Mithridates' march from Pergamum to Alexandria». *Latomus* XXIV (1965) pp. 122 ss.

Gálatas

Launey, M.: «Un épisode oublié de l'invasion galate en Asie Mineure» *REA* XLVI (1944) pp. 217 ss.

Moraux, P.: «L'etablissement des Galates en Asie Mineure». *Istanbuler Mitteilungen* VII. 1957 pp. 56 ss.

Stähelin, F.: *Geschichte der kleinasiatischen Galater.* Leipzig 1908.